

Libros Sagrados de Hermes Trismegisto

La sabiduría hermética del antiguo Egipto

Contenido

Introducción.....	03
1. Hermes.....	07
2. Sobre los “libros herméticos”.....	10
3. La Tabla Esmeraldina.....	15
4. Breve Catecismo Hermético.....	18
5. Pymander.....	22
6. La oculta plática del monte	25
7. La himnodia secreta.....	28
8. Fragmentos fundamentales de los libros de Hermes.....	31

Introducción

De los libros de Hermes, el “Tres Veces Grande” procedentes del país del Nilo, han quedado muy pocos datos y escasos originales dignos de auténtica fe.

Según antiguas crónicas, en la famosa Biblioteca de Alejandría, durante el reinado de la última dinastía de los Tolomeos, se guardaban de Hermes, el más sabio Maestro de la antigüedad, 42 libros esotéricos que en fama resumían toda la sabiduría de las edades.

Mas, después de la inmensa catástrofe, del gran incendio que asoló dicha biblioteca a raíz del desembarco en el puerto de Alejandría de la armada romana de Julio César, no se pudieron recuperar, de todo aquel inapreciable archivo del saber, más que algunos fragmentos, libros que se suponen mas o menos completos y derivados de fieles traducciones griegas efectuadas por escribas y eruditos por encargo de los propios faraones Ptolomeos. Ellos son: El Pymander, el Kybalión, ciertos libros de poemas sueltos y el Libro de la Salida a la Luz del Día, más conocido por Libros de los Muertos, por haberse hallado ejemplares del mismo dentro del sarcófago de las momias de algunos destacados egipcios. Algunos fragmentos sueltos proceden de citas de los que fueron depositarias diversas escuelas de la época: gnósticas, teosóficas, platónicas, herméticas o eclécticas acogidas en Alejandría, y más tarde agrupadas e interpretadas bajo el título genérico de Libros de Toth-Hermes.

Tales libros de Toth circularon, no obstante, profusamente, durante el periodo de dominación romana por los tres continentes de África, Europa y Asia cercana, bajo el lema de Corpus-Herméticum en traducción latina que, unida a la griega, a otras de procedencia árabe y a las egipcias en demótico popular, han llegado hasta nuestros días.

La línea esencial de toda la ideología hermética es la afirmación básica de un solo inmenso dios y de una sola religión raíz científica y filosófica, a la que servían sabios moral y espiritualmente excelsos, ya que no podía encarnar tan elevada doctrina quien no estuviera dotado de verdadera experiencia espiritual. Así lo justifican los sabios herméticos.

De ello se infiere que las verdades herméticas no podían transferirse integralmente más que a través de un auténtico y probado merecimiento.

La senda más perentoria de tal logro era el conocimiento, pero no a través de estudios mentalizados, sino de la llamada mente iluminada o superior, lo que podríamos llamar intuición adherida al superrazonamiento, traducida por nous por griegos e exégetas hermenéuticos.

La opinión de los antiguos respecto a las enseñanzas de Hermes se objetiva en esta imagen: es una puerta abierta a una dilatadísima perspectiva de praderas verdes, inmensas, llenas de sol y de flores preciosas y multicolores.

Esa maravillosa “puerta abierta” a lo desconocido y cuyo alto mirador franqueaban los escritos de Hermes, constituía el gran aliento vital, el aliento del espíritu de toda agrupación humana selectiva, cuya finalidad era la investigación de la verdad en el hombre y en el cosmos. Y su divisa común, la famosa frase pervivida de la llamada Tabla Esmeraldina del propio Hermes: “Como abajo, así es arriba; como arriba, así es abajo”.

De este modo, el fundador de la religión-filosofía, poniendo en juego el estudio y la experiencia profunda, directa a través de la supermente y del espíritu, alimentó, desde aquella remota época, todo empeño del hombre en atisbar las esencia reales de la vida divina, así en el interior del propio individuo como en el Universo, en todas sus trascendencias y sus misterios. Hijos de la sabiduría hermética fueron, pues, los mensajes espirituales de Persia, Siria, Judea, Anatolia, Grecia y otros nacidos y derivados de esa semilla espiritual depositada en las fecundas orillas del Nilo. Todas las civilizaciones antiguas tienen, por tanto, la misma fuente.

Porque desde Egipto y de modo directo, Hermes pasó a Grecia, aupado en su trascendente mitología y aportando a ella todo su bagaje de sabiduría. Por el delta del Nilo se derramó el mensaje profundo y legendario del “Tres Veces Grande”, desde la propia Alejandría, por todo el Mediterráneo.

Entre las obras herméticas perdidas debido a catástrofes, guerras, ignorancias, fanatismos y la falta de comprensión posteriores, parece que se hallaba una obra llamada Libro de los Alimentos o de las Respiraciones, cuya ciencia enseñó el gran Hermes, y cuyas lecciones recogieron en la India y divulgaron a través del Yoga-Hatha, y en su más trascendente efectividad, a través del Yoga-Raja o Yoga-Raíz. De todos modos, también en occidente existen testigos fidedignos de esas específicas enseñanzas del maestro egipcio y de su importantísimo libro.

Mead, el gran escritor hermetista del siglo pasado, realizó un exhaustivo estudio de las obras herméticas. Nos dice a propósito de ellas que llegó a la conclusión de que tales obras se originan en otro Hermes predecesor del “Tres Veces Grande”, un Hermes antiquísimo, “anterior al diluvio”, o sea, anterior al hundimiento de la Atlántida. Lo que confirmaría nuestro aserto de que la sabiduría, la ciencia, las artes todas del primitivo Egipto, tan extraordinariamente avanzadas, les fueron legadas por los atlantes antes del hundimiento. Los datos más precisos se hallaban grabados en un pilón de piedra de las más antiguas construcciones de Egipto. Y a través de los milenios sucesivos, sobre todo durante el período alejandrino, otros sabios atestiguaron diversos sucesivos Hermes, avatares cíclicos que renovaban el mensaje de las edades mediante la adaptación cíclica de la misma eterna sabiduría. Es por esto que las enseñanzas herméticas constituyen una síntesis, en su reculada época, de verdades perennes.

Los sabios que han dado fe de las originarias enseñanzas de Hermes y de los mencionados principios, fueron Manethon, Cicerón, Ammiano, Josefo, Heródoto, en cierto modo Plinio, así como otros muchos.

Al sucederse las épocas y las dinastías en las orillas del Nilo, se fueron encontrando fragmentos de los Libros de Toth en inscripciones de origen antiquísimo, sobre todo en el interior de las criptas secretas de los grandes templos, especialmente de las cercanas

al Delta, donde florecieron los primeros núcleos de civilización egipcia, no lejos de la Esfinge y de las Pirámides.

En el cercano oriente se conocieron durante muchos siglos dichas verdades compiladas en una obra que llevaba por título “La profecía de Hermes”.

Las enseñanzas herméticas lograron inmenso auge con el afincamiento del platonismo en el mundo culto, durante el esplendor de la civilización griega que nació entreverada con la egipcia. También parece que las enseñanzas herméticas constituyen el trasfondo del ideario de la escuela estoica; todo lo cual da a entender su fuerza y su importancia, y el recogimiento de su poderosa siembra eficaz en el mundo antiguo, así como su trascendental raigambre proseguida y reconocida en el campo de las ideas madres y de la conducta del hombre superior.

Como hemos insinuado al comienzo, fueron los griegos ilustres los que tradujeron pulcra y fielmente las enseñanzas herméticas, y así previvieron y se difundieron en el mundo antiguo después de la gran catástrofe y desaparición de la Escuela de Alejandría. Esas traducciones fueron citadas posteriormente y vertidas al sirio, al árabe, a diversas lenguas asiáticas, hasta llegar a nuestros días y a nuestra época en trance de renacer espiritual al iniciarse un nuevo ciclo zodiacal de civilización en el mundo. Porque debido a la acción de esa ley cíclica y a sus ondas de avance y aparente retroceso, se indagan los orígenes de esas inmensas raíces espirituales que alimentaron edades y que constituyeron la divina herencia del mundo de todos los tiempos.

Parece ser que la postrera dinastía egipcia de faraones, la llamada Tolomeica, fomentó excepcionalmente el estudio y la fiel versión a varios antiguos idiomas, de las obras herméticas. En las aulas de Alejandría, en su biblioteca y museo, sostenidos por los faraones, había centenares de escribas consagrados a la copia manual de tales primitivos códigos allí depositados, archivados como joyas auténticas del saber en los anaqueles del más destacado centro cultural del mundo.

Consta en las antiguas crónicas dispersadas que los Libros de Hermes, fragmentariamente salvados después, constituyen el alimento espiritual de filósofos, profetas, pedagogos, científicos, investigadores, poetas y místicos de todos los países en todas las lenguas cultas conocidas. El ansia de investigación y estudio alentaba en todos los ansiosos de verdad que se afanaban en allegar conocimientos en aquellas limpias fuentes del saber, sin discriminación de escuela, tendencia, religión, psicología, formación o raza. Debido a ese elemento ecléctico imperante en la mejor época alejandrina, podemos todavía hoy aprovechar la ofrenda milenaria de aquellas enseñanzas puras.

Con respecto a los libros herméticos, cita Duncan Grenlees un pasaje de Efraín Syrus, en el que se dice que en el año 365 d. C. existían varios libros de Hermes en Siria, sin duda vertidos al sirio, del griego o latín.

Otros afirman que los primeros musulmanes protegían la secta de los herméticos, que en ellos se inspiraban sus libros, y que hasta el siglo VIII podían encontrarse en Siria varios fragmentos. Y el autor hermético Scott, afirma que en el siglo XI d. C., una copia de tales libros herméticos pasó a Constantinopla, entonces la capital del cristianismo, copia que, al parecer, pasó más tarde a Florencia, centro renacido de todas las

culturas clásicas, especialmente allí impulsado bajo la hegemonía de los Médici y de su Escuela Neoplatónica que atrajo a los mejores talentos de la capital asiática, cuando los turcos invadieron Constantinopla.

Volviendo al periodo alejandrino, Jámblico, el gran maestro sirio radicado en Egipto, afirma que el pensamiento hermético se entrefundió, en aquel periodo, con la filosofía platónica.

Posteriormente, autores ignorados difundieron los libros de Hermes en forma fragmentada y tal vez mixtificada, como diálogos breves entre Hermes y su hijo o discípulo Tat. Dos de tales fragmentos dialogados eran conocidos como enseñanzas de Isis a su hijo Horus. Según los críticos antiguos, tales diálogos eran los mejores, porque consistían en una traducción fiel del antiguo original egipcio, lo que es dudoso. Sin embargo, en tales diálogos no se advierte el influjo gnóstico o hebreo, ni tampoco las tendencias de otras escuelas de la época alejandrina. De acuerdo con este aserto, parece que las obras de Plutarco sobre Isis y Osiris, y los mismos escritos de Manethon, el favorito del segundo Ptolomeo, se inspiran en los textos herméticos directos, que alimentaron, a su vez, las copias sucesivas.

De todos esos libros herméticos, vulnerado en parte su sentido original a través del tiempo y las exclusivas tendenciosas ideologías, el conocido como Asclepio es de la máxima importancia para los estudiantes de hermetismo, a pesar de las naturales corrupciones.

Parece que su mejor parte ha sido compilada bajo el título de Pymander y que ha conservado bastante su aliento original merced a haber sido bien traducida al demótico o lengua jeroglífica popular en las postrimerías de la gran civilización egipcia. A los mejores textos hemos recurrido, para ofrecer ahora a los estudiosos lo más auténtico de ese prístino manantial.

Josefina Maynadé

I

Hermes

Hermes es el nombre dado a los grandes Avatares Cíclicos o Encarnaciones Divinas en Egipto. Por ello, ese nombre entraña un significado de Instructor o Agente de la Sabiduría Eterna.

Según la simbología oculta del antiguo país del Nilo, cada Hermes o Avatar Cíclico era encarnación de Horus, el divino hijo de Isis y de Osiris, tercera persona de la Trinidad Divina antropomorfizada y reflejada en el hombre cósmico o Iniciado, el ser integral salido de las pruebas de los ocultos misterios y de las escuelas de sabiduría a ellos anexas.

Como es sabido, Hermes es también el nombre de un planeta de nuestro sistema solar conocido más bien por ese mismo nombre latinizado, Mercurio. De ambos modos, pasó a Grecia y posteriormente a Roma o a su civilización y época correspondiente, Así fue incorporado al panteón de su alta mitología como Mensajero de los Dioses, ya que tenía jurisdicción sobre todos los planos cósmicos como conductor de almas e intérprete de la voluntad divina en el hombre.

Por otro lado, la tradición del nombre hermético lo hallamos traducido al sánscrito y a las lenguas orientales con el venerable nombre de Buda, sinónimo de Hermes, Mensajero o Iluminado. O sea, de su auténtico significado que, como hemos indicado, es el Avatar Cíclico o Encarnación Divina.

El nombre tiene su origen, pues, en el remoto Egipto, cuando las jerarquías rectoras de la humanidad intentaban traspasar los poderes a las dinastías humanas posteriores.

Representa al regente planetario del signo de Géminis que en aquellos tiempos remotos pulsaba el sol, por precesión, en el equinoccio de primavera.

Su cuerpo pertenecía entonces a la pura raza atlante y era descendiente de aquellos gigantescos maestros que llevaron a cabo, antes del último hundimiento del continente atlante, la fundación de la primitiva colonia egipcia y de su avanzadísima civilización.

Sin embargo, en aquel tan lejano periodo de la incipiente civilización nilótico y debido a la escasa formación de los núcleos humanos que constituían los primeros *nomos* o núcleos de población, el gran saber de los atlantes se hallaba recluido a los templos, en sus criptas y dependencias secretas, así como en sus sabias escuelas o universidades del saber.

Pero los iniciados sabios sabían que eran aquellos, momentos-clave de preparación de un mundo y de una humanidad, de una onda cíclica astral destinada a acelerar el pulso de la consciencia humana para que pudiera regir en el porvenir, por su máxima experiencia, sus propios destinos. En tal trascendente periodo anunciado de traspaso, la cíclica misión oculta del primer Hermes, consistía en preparar selecciones de seres dispuestos a la enseñanza y a la formación integral necesarias para que, poco a poco,

aprendiera a autogobernarse, de acuerdo siempre con las leyes superiores y dependientes de la suprema lección de los sabios hierofantes, de la guía invisible de sus progenitores o antepasados y de los Maestros Cíclicos. Porque aunque debidamente aleccionados y preparados, hombres y mujeres al fin, se hallaban sujetos a caídas y tropiezos por ignorancia o torcedura, víctimas de inopinadas pruebas, de posibles abusos o tergiversaciones del poder y de la puesta en vigor de leyes naturales y universales.

Con el primer Hermes egipcio, se iniciaba, por tanto, una importantísima etapa civilizadora de la humanidad en la que lentamente de irían sustituyendo las jerarquías divinas por otras humanas.

Comenzaba pues, para la evolución de nuestro planeta y sus humanidades, un periodo de enorme trascendencia. Pero como sea que la naturaleza nunca da saltos. El primer Hermes vino al mundo para preparar la senda de los sucesores cíclicos, señalando la inmensa importancia de ese traspaso de poderes de gobierno así material como espiritual. Porque en lo sucesivo y por decreto divino, los hombres estarían gobernados por hombres, seres emanados de sus filas de selección, cultos y probados sin duda, en todas las lides internas y externas, pero seres humanos al fin, hermanos en categoría y naturaleza de la incipiente raza recién formada, brote eficaz de un tronco claudicado.

De este modo, pasarían a una superior categoría aquellos que prepararan el sendero con manos puras, aquellos reyes y reinas de origen atlante, llamadas así por su superior evolución, por sus grandes poderes y sabiduría y para los cuales no existía el imperio de esos pequeños ritmos de la vida y de la muerte, ni estaban sujetos a deseos, enfermedades ni limitaciones de ningún género.

Mas el periodo de plena transferencia de poderes no sería hasta rozar el subsiguiente periodo de entre-eras correspondiente a los inicios del ciclo zodiacal del Toro. Entonces comprendieron los padres espirituales de la raza que había llegado el momento de consolidar el imperio llamado Antiguo de las Dinastías Humanas Faraónicas del país del Nilo.

Y para facilitar ese importantísimo traspaso en la historia de la evolución de los pueblos, encarnó en el bajo Egipto la relevante figura del segundo Hermes llamado Toth, el Trismegisto o “Tres Veces Grande”.

Ese segundo Avatar egipcio conocido como Toth-Hermes y correspondiente al ciclo táurico, representaba el ápice de la civilización egipcia conocida. El alto apelativo de “Tres Veces Grande” procede de que su poder y enseñanza abarcan los tres mundos de manifestación: el físico, el astral y el mental. Los tres atributos tenían relación con la Divinidad y se hallaban sujetos a leyes provenientes de la sola y única Ley Universal de Vida Infinita, el Espíritu.

En ese periodo táurico de transición, de fin y comienzo, salieron del sagrario de los templos ciertas verdades ocultas que Toth dio a conocer a los hombres y mujeres probados y debidamente aleccionados, a través de sus famosos *42 Libros Herméticos*.

De ese modo, los primeros faraones humanos, convenientemente entrenados en las labores de gobierno, dieron a conocer a su pueblo las ciencias y las artes. Los

instruyeron en la agricultura, la alta ciencia astrológica de la salud total y de la medicina, en las medidas del tiempo, los números, en las formas del comercio y la transacción, la fabricación y los medios navegables, en las diversas industrias, el lenguaje, las artes y las letras, la religión, los diversos oficios. Y cuando aquellos antiguos núcleos humanos, a través del saber transmitido y de la experiencia fueron capaces de regentar sus vidas, los espíritus vigilantes de los reyes divinos, los auténticos padres de la recién iniciada quinta raza del mundo, adorados con el nombre de *Afrites*, permanecieron en parte en la proximidad de los hombres sólo en el caso de ser invocados y requeridos como guías y consejeros. O sea, como auxiliares espirituales que tenían, en virtud de su evolución y poderes desenvueltos, la virtud de manifestarse y de aparecerse oportunamente, a pesar de no hallarse encarnados, para seguir dirigiendo, en los casos difíciles, a su pueblo.

El segundo Toth-Hermes, apodado “Trismegisto”, apareció a inicios del siglo zodiacal de Tauro, coincidiendo con el fin de la tercera dinastía de faraones humanos y comienzos de la cuarta, y fue contemporáneo de Kufú o Keops, el faraón que, al encabezar históricamente la cuarta dinastía, constituyó, con la sugerencia y colaboración del propio Hermes, la Gran Pirámide, el incomparable, grandioso monumento que patentiza todo el saber de antaño, así interno como externo.

En sus orígenes, la Gran Pirámide, esa inmensa llama petrificada fue, en realidad, lugar sagrado de iniciación, centro vedado donde se operaban las etapas formativas del alma de los recipiendarios, en cuerpo sutil o astral la mayoría de las veces. O, por lo menos, así se manifestaban y asistían los *Afrites*, padres y maestros, a quienes los neófitos recibían, culminadas innúmeras pruebas y añagazas, en el interior del sarcófago, en la llamada “tumba abierta” donde dejaban su cuerpo inanimado, la Cámara del Rey o del Sol que centraba la pirámide construida de forma que pudiera vivir y respirar en ella los seres encarnados.

A menudo se llamaba a Hermes “Hermanubis” y con ello se hacía alusión a su capacidad para transmitir la tradición sagrada, ya que en la época de la fundación de la primera colonia atlante en Egipto, parece ser que se hallaba en el norte polar, la estrella Sothis o Sirio, de la constelación del Can. Y como símbolo de la tradición sabia del país, recibida de los primeros padres atlantes, se representaba al sucesor divino con cabeza de can y con el nombre de Anubis.

Ello da a entender que cierto concepto ahora muy generalizado referente a la mítica egipcia, es totalmente falso. Los egipcios no tuvieron una religión zoolátrica; o sea, que no representaban a sus dioses en forma de medio hombres y medio animales, sino que revestían a sus altos seres representativos con el símbolo zodiacal o constelar correspondiente. Tal era el caso de Hermanubis. Y también el correlacionado con otras representaciones animálicas derivadas de los doce signos del zodiaco representados siempre, desde la más remota antigüedad, con figuras de animales.

Hermes Trismegisto apareció en la tierra, en realidad, cuando la raza humana actual se hallaba todavía en su infancia. Por ello fue, y en cierto sentido sigue siendo, el Señor de las verdades supremas, guía de los espíritus, alimentador de los hombres de signo superior. Sus rayos han seguido iluminando, desde los tiempos remotos de su venida al mundo, como Instructor Cíclico, a todos los anhelosos de sabiduría.

II

Sobre los “libros herméticos”

Todos los textos sagrados de la antigüedad eran de tipo poemático. Sólo se daban y transmitían a través de la palabra o *logos* viviente en forma de poemas o cantos mágicos, lo que en oriente llaman *mantrams*. Tales cantos o poemas sagrados se recitaban siempre a base de clave o claves mágicas. Tales claves derivaban del tono de los astros dominantes a la sazón e iban acompañados de música melódica, arpas de doce cuerdas por lo común, o liras heptacordos, cada una de cuyas cuerdas era sintonizada o acordada al diapasón de los signos zodiacales planetarios.

Uno de los instrumentos de mayor eficacia mágica era el sistro, acordado al misterio primitivo del cuaternario, cuyo influjo se intensificaba con ciertas prácticas y la operación secreta de talismanes. De esa forma, tales recitativos se reiteraban en los instantes de ambiental sintonía en templos y criptas, y para su mayor incisión y beneficio, se efectúan tales recitados en forma lenta, de mayor eficacia oculta sobre los auditorios.

De ese modo se dieron, durante siglos y milenios, los poemas sagrados de Toth-Hermes compilados más tarde, durante el postrimer periodo tolemaico o alejandrino, en forma de “Libros de Hermes”.

Como hemos insinuado ya, el contenido de esos famosos libros o cantos herméticos se remontan a la tradición atlante. Del gran continente sumergido, cuya religión adoraba al Sol y a la Luna, y cuyos templos transparentes, de oro, plata, oricalco y cristal maleable se hallaban consagrados a ambos luminares, padre y madre de la tierra en su oculto significado, pasó el contenido esotérico de tales libros al antiguo Egipto, conocido en los albores de su fundación de tal colonia nilótico por los emigrantes atlantes como Tierras Puras de Khemi.

La Atlántida, a cuya avanzadísima civilización dieron los señores de Venus, conocidos por Isanas, un gran impulso evolucionario, se hallaba bajo la protección del Sol, de la Luna y del espíritu de Venus como planeta hermano de la Tierra.

Y es curioso observar que, cuando el Sol, por precesión, atravesaba los tronos zodiacales de Leo y Cáncer, ambos signos gobernados por el Sol y la Luna, tuvieron conocimiento los Hierofantes blancos de la Atlántida, sacerdotes-astrólogos en comunión oculta con los espíritus de los astros guidores, del próximo hundimiento de la última parte del continente destinado a desaparecer de la faz de la tierra. Y simultáneamente recibieron la orden de emigrar de las tierras contaminadas por la maldad de los hombres y el desgaste cíclico, para llevar a las lejanas Tierras Puras de elección, las semillas, no sólo de la tradición oculta que nunca puede morir, sino todos los adelantos de la civilización allí conseguidos con la ayuda de los señores de Venus y plantar en las tierras vírgenes, gobernados por reyes dotados de todas las perfecciones, las trabajadas semillas de selección, dar tierras y aguas propicias a las castas de animales, legislar sabiamente, crear industrias y trabajos, proseguir sendas científicas y artísticas y fomentar una gran civilización allende el oriente telúrico.

Gracias a aquella fabulosa empresa cíclica, la civilización occidental que ahora prima en el mundo, es hija directa de Egipto, colonia atlante en sus orígenes, lugar de establecimiento y depósito de una floreciente civilización periclitada y próxima a desaparecer bajo las aguas del Océano Atlántico, llamado entonces el Gran Verde.

Así que, en el bajo Egipto, amaneció una avanzada civilización fundada –o proseguida– por los sacerdotes-astrólogos y seres seleccionados, legisladores, mentores y maestros atlantes. Allí, en el lugar privilegiado de la fundación, en las Tierras Puras de Khemi, establecieron la religión-sabiduría o soli-lunar con sus respectivos misterios crípticos y las escuelas anexas a los santuarios. Y en ellas actualizaron su ritual mágico y sus sabias enseñanzas, operando siempre de acuerdo con las predominantes cíclicas y planetarias.

De ese modo fueron preparando, aleccionando e invistiendo a sus sucesores de acuerdo con la tradición heredada. Y se fueron sucediendo los reyes y reinas de sangre atlante que han pasado luego a la leyenda como dinastías divinas. De ellas no puede hablar en verdad la historia humana, pero sin embargo, al citarlas los antiguos historiadores, nos han transmitido su conocimiento en forma de Leyenda Dorada. Y esa índole de leyenda, ha sido siempre el velo áureo que nos oculta la verdad de los lejanos tiempos, asequible mediante la clave cíclica o astrológica esotérica, que todo lo aclara.

Para aquellos interesados en profundizar el significado de los ciclos históricos en su aspecto trascendente, el iluminado poder y la sabiduría de aquellos seres sabios, poderosos y de estatura agigantada, el estudio y móvil de su existencia nos abrirá cauces nuevos de comprensión y de hondura y nos ayudará en gran manera a comprender el significado, no sólo de aquella época de transición y de orígenes, sino de la que estamos actualmente viviendo. Porque todo se relaciona y enlaza, todo pertenece, en suma, al “eterno presente”. Toda nuestra herencia espiritual, toda la integral pedagogía del hombre superior, toda la oculta sabiduría proviene de aquella herencia sabia, incluso las leyes sociales, el ritual superreligioso, la ética más elevada, la profundidad cósmica de sus símbolos, muchos de los cuales permanecen sin alumbrar en la mitosofía de todos los tiempos.

Siguiendo, pues, la ley de tales ciclos zodiacales y a partir de aquellos remotos orígenes posatlantes, se fueron desenvolviendo en Egipto, andando los milenios y los acontecimientos, esa clara visión de la historia enlazada a través de pequeños ciclos de Era, revelados por su inconfundible simbología.

En cada traspaso de dicha eras de signo zodiacal, fueron apareciendo los Avatares Divinos o Instructores de la raza, cuya misión ha sido siempre la de reestablecer, afirmar y adaptar al requerimiento astral, la antigua e inalterable tradición. Ellos nos han orientado, enseñado y conectado espiritualmente con el signo amaneciente. Ellos han sido nuestros auténticos maestros y conductores.

Hermes ha sido su nombre genérico en Egipto. Ese nombre entraña el mismo significado de agente de la doctrina secreta o sabiduría eterna. Y según la interpretación onomástica, Hermes, como Avatar Cíclico, era una encarnación de Horus, el divino hijo de Isis y de Osiris, la Trinidad Divina antropomorfizada y reflejada en el hombre cósmico o iniciado, el ser integral emanado de las pruebas y de las enseñanzas de las elevadas escuelas y de los templos.

De Hermes se deriva no sólo la tradición escrita de su profunda sabiduría, sino la misma exégesis de dicha sabiduría realizada al tenor del propio conocimiento directo. Esa exégesis en profundidad se ha dado a llamar *hermenéutica*. O sea, que la posible discriminación o comentario de sus libros originales, ha tomado el mismo denominativo de su creador. Y con ello definimos otro de los pequeños ciclos individuales que rozan lo universal.

De Hermes proviene asimismo la palabra “hermético” que ha definido a través de la sabia semántica interpretativa, toda cosa secreta, honda y difícil. Aunque siempre esa alta discriminación, efectuada mediante el *nous* o mente iluminada, es una fuente de claros vislumbres, de afloramiento de nuevos manantiales de caber oculto.

Queremos, sí, hacer hincapié en la necesidad del uso de la *hermenéutica* para todos los investigadores e intérpretes de las verdades herméticas, siempre un tanto complejas para la inmediata comprensión y aun abstractas en su significado, que debe efectuarse a través no de una, sino de diversas clases. Los fundamentales textos de Hermes requieren, en verdad, el auxilio de toda esas formas de interpretación. Sólo entonces, el fino manantial de sus libros deviene corriente impetuosa capaz de alimentar todos los campos del pensamiento y del espíritu humanos. Ya que la *hermenéutica* ajusta a la comprensión humana esa límpida agua de vida.

Si queremos desentrañar el mensaje de la hora que nos ha tocado vivir, la clave interpretativa de la hermenéutica nos conducirá al acercamiento de ese depósito directo de sabiduría eterna, porque es dádiva de todos los tiempos.

Hemos de avanzar, sí, pues, el reclamo de la presente hora astral es la penetración directa de la síntesis, la invitación a la brevedad, la dádiva procelosa y alimentadora del compendio.

Por tanto, nada tiene que ver la hermenéutica con la exégesis. La hermenéutica es la interpretación breve y profunda de los textos sabios. Es el comentario sucinto y hondo, cargado de significado de primera mano, tendiente a esclarecer, ajeno a toda forma de erudición, que abona y reverdece los campos vírgenes del pensamiento superior y trascendente, nuncio florecedor de una primavera del mundo, prometedor de óptimos frutos.

Sin esa interesante, básica interpretación de la hermenéutica –el sentido trascendental y fundamental del concepto hermético, tan íntimo a la máxima síntesis y al silencio creador– muchos de los poemáticos textos de sabiduría del pasado permanecerían ininteligibles. Mas hoy, en los comienzos de la era de Acuario, prima el libre y personal concepto de las cosas, ajeno a la clave esotérica, lleno de puro énfasis renovador, que no siempre se sintoniza con los más altos predicados del signo. Sin el auxilio y la aportación de la hermenéutica, la gran enseñanza del pasado, en su sentido eterno, permanecería sellada a la comprensión, ajena al enorme beneficio que emana. Al leer, perderían los eternos poemas su hilaza secreta, el índice de su remonte, aquello que une un significado a otro y su relación con el reclamo de las edades y los requerimientos celestes. Sin esa ciencia renaciente, desaparecería la sabia herencia del pasado y la legitimidad humana de esa suprema herencia legada a los hombres –transvertida a la infinitud y a la eternidad– a través de los milenios, para su regeneración espiritual.

La hermenéutica, seamos conscientes de ellos, nos puede dar alas y profundidad de comprensión. O sea, que nos permite calar en la hondura abierta del doble del tiempo, mediante esa lámpara del *nous* o mente iluminada, característica de la Nueva Edad. Por ello, nuestro anhelo, al ofrecer esos sagrados poemas fuera el ayudar al lector a su asimilación, a que hiciera suyo el fruto divino de los escritos de Hermes, el Tres Veces Grande”.

Los cuarenta y dos libros de Hermes contenían todas las verdades, todas las ciencias y enseñanzas transmitidas, según sus propias aptitudes, al individuo probado –Iniciado– a través de las pruebas de los misterios y de las escuelas de sabiduría. Trataban de la fuerza y sabiduría del lenguaje jeroglífico, de los números y su significado esotérico, de los módulos sagrados de la arquitectura, de los diversos cánones, humanos y cósmicos, de los astros, de la medicina con asombrosas, avanzadas especialidades y su gran ley preventiva, o sea, la higiene. De las respiraciones, de la agricultura, de las artes y oficios, de la legislación y sobre todo, de religión en su aspecto esencial y de la conducta o de la más alta moral.

Todo ello en forma poemática. Eran, en verdad, bellísimos, trascendentes, armoniosos poemas cuya adecuada recitación, debidamente ambientada de acuerdo con los vínculos astrales vigentes, otorgaba las fuerzas y los saberes de la naturaleza y del universo.

La virtud más curiosa de los libros herméticos era la de que tenían la propiedad de revelar u ocultar su significado, a tenor del merecimiento y la capacidad de los oyentes o lectores.

Y fueron efectivos y cantados durante milenios y constituyeron los libros herméticos el meollo del espiritual y sabio esplendor de Egipto.

Mas en el dorado periodo de la decadencia de esa milenaria civilización, durante las dinastías tolemaicas posteriores a la invasión de Alejandro Magno –fundador de Alejandría, la última capital del país del Nilo– los 42 libros de Hermes constituyeron, archivados, el más precioso tesoro, entre los 700.000 textos sabios que contenía la famosa Biblioteca de Alejandría.

Pero luego, la oleada oscurantista, el caos destructor que se adueñó del mundo en la hora incierta del traspaso cíclico, hizo que aquel incomparable caudal de enseñanza, aquel copioso dechado de sabiduría antigua, aquella tradición única, fuera casi totalmente destruida al desaparecer, primero mediante un terrible incendio, y posteriormente por horrrisona expoliación, esos fundamentales libros de Hermes, entre todos los códices y archivos que les acompañaban en el aula sabia de la biblioteca alejandrina.

Sin embargo, al ocurrir el malhadado incendio, algo se pudo salvar a través de algunos conscientes o sobornados guardianes de la famosa biblioteca alejandrina y también a través de copias, citas y traducciones parciales y de la copiosa colección privada de los reyes de Pérgamo, a cuyo monarca contemporáneo de Marco Antonio y Cleopatra, Atalo II, despojó este último por insinuación de su amada, para tratar de compensar la pérdida de su famosa biblioteca, a la reina de Alejandría, Cleopatra, dolido e inconsolable. Con esa adquisición forzada, la última reina del Sol quiso rehacer el esplendor cultural del incendiado centro, fundado, al arrimo del templo de Serapis, en la

parte alta de Alejandría, otra biblioteca a base del famoso contenido de la en cierto modo pillada biblioteca de Pérgamo. Las aulas sabias del Serapión alejandrino dieron albergue, en esa segunda etapa de la Escuela Alejandrina, a la llamada Escuela Neo-Platónica, de tanta nombradía y fama, y que alentó los postreros vislumbres del esoterismo filosófico griego-egipcio.

Consideremos, pues, que los fragmentos de los libros herméticos que han llegado hasta nosotros, sólo son reflejos parciales y sin duda adulterados, procedentes del periodo alejandrino; maltratados por el paso del tiempo, las traducciones, las limitaciones, los fanatismos y las tendencias imperantes de aquellos que fueron gloriosos cuarenta y dos libros de Toth-Hermes, el “Tres Veces Grande”.

Los exégetas de tales libros dicen que las mejores copias, aunque fragmentadas, pasaron a Asia –a Siria preferentemente– y más tarde a Bizancio o Constantinopla, la culta capital del imperio cristiano. Otros fragmentos, pulcramente traducidos al árabe, han perdurado también hasta nuestros días, aunque las más autorizadas opiniones afirman que las más fieles interpretaciones de los libros herméticos se deben a las traducciones directas del griego, como la famosa compilada en el *Pymander*. No menos importantes son los fragmentos seleccionados del *Kyballión*, e interpretados por altos seres especializados en la hermenéutica más profunda.

Tales comentaristas afirman, en esta obra última, que en tiempos del gran Hermes Trismegisto, acudieron de todas partes del mundo a orillas del Nilo, superiores almas anhelantes de conocimientos para aprender, de labios del divino Avatar, la eterna sabiduría y divulgarla luego en su propio país de origen, y crear escuelas de enseñanza. A Egipto fueron, a tal fin, discípulos conscientes y de elevada evolución, quienes, debidamente probados a través de las pruebas de Iniciación y de las lecciones secretas de su escuela, fueron investigados con los símbolos de la sabiduría, las claves de poder y la verdad cósmica del verbo transmitido por el gran Toth-Hermes. Llegaron con tan alta finalidad seres procedentes de la lejana India, de China, de Persia, de Caldea, de la Media, de Asiria y de toda la costa mediterránea del Asia, como del continente y de las islas griegas y de la primitiva Roma.

A propósito de ello, dice el *Kyballión*: “Andando los siglos y los milenios, siguió siendo Egipto, la patria de las pirámides y de la esfinge, la cuna secreta de las doctrinas místicas. Todas las naciones han sacado las suyas de sus enseñanzas esotéricas. Todos se aprovecharon libremente de las doctrinas formuladas por los hierofantes y maestros de la tierra de Isis, cuyos conocimientos eran sólo transmitidos a los que se hallaban preparados para participar de lo oculto... En el antiguo Egipto vivieron aquellos grandes maestros que nadie después ha sobrepasado (en sabiduría), y que rara vez han sido igualados en las centurias transcurridas desde los tiempos del gran Hermes. Egipto fue la residencia de la Gran Logia de las Fraternidades Místicas. Por las puertas de sus santuarios entraron todos los neófitos que, convertidos más tarde en adeptos, hierofantes y maestros, se extendieron por todo el mundo, llevando consigo el precioso conocimiento... Ningún estudiante de ocultismo debe dejar de reconocer la enorme deuda contraída con aquellos venerables maestros del antiguo Egipto.”

III

La Tabla Esmeraldina

Comúnmente se llama así, “*Tabla Esmeraldina*”, porque según la leyenda, fue hallada en la tumba de Hermes Trismegisto, el “Tres Veces Grande”, grabada en caracteres jeroglíficos sobre una gran esmeralda.

Contiene la síntesis de “toda la magia egipcia”. En pocas sentencias resume la completa *Ley Hermética*. Mas debe ser interpretada con la clave esotérica de los antiguos Iniciados del “País de la sabiduría”, como se denominaba a Egipto.

Por ello, esa famosa Tabla Esmeraldina, tan breve en su forma, tan profunda y reveladora en su esotérico significado debe ser, no sólo leída, sino interpretada merced a su misma clave.

La ofrecemos aquí, como primicia de toda sabiduría antigua, porque es una notable, maravillosa condensación poemática de todas las enseñanzas contenidas en los “*Libros de Hermes*”.

Para aquellos que tengan los “oídos despiertos” esta síntesis –que transcribimos al final de este capítulo– hace vibrar sus cuerdas internas más finas, su arpa escondida, al par que le abrirá las compuertas secretas de aquel inmenso raudal de vida universal, de aquella inmensa dádiva cíclica.

Porque Hermes fue el cíclico Avatar o Encarnación Divina de la era Táurica, o representada por el Toro celeste en la precesión de los equinoccios. Y aquel ciclo de era zodiacal coincidió con las primeras jerarquías faraónicas humanas, emancipadas en cierto modo de aquellas otras, plenas de poder y de saber, que constituyeron las dinastías de reyes divinas, casi fabulosas, descendientes de los primeros fundadores atlantes que llegaron a las Tierras Puras de Khemi, por insinuación de los padres celestes, al tener conocimiento de la inminente desaparición del continente de la Atlántida en el seno purificador del gran Océano.

Hermes Trismegisto fue, según la tradición oculta, el segundo Hermes de la protohistoria del país del Nilo. El primero, envuelto en la penumbra de las postrimerías de los reyes divinos, tomó el nombre del planeta rector de su signo, Géminis, nombre que genéricamente sellaron a los distintos Hermes de la milenaria civilización egipcia y aun de su hija, la griega. Mas el que mayormente dejó una perpetuada siembra de conocimientos, sin duda debido al momento de transición histórica, fue el llamado “Tres Veces Grande”.

Apareció investido de su gran misión cíclica y periódica, como sembrador de la palabra sagrada (logos creador e iluminador) y a través de ella fue depositando en las almas predispuestas, cultas y probadas, las sabias semillas dejadas por los reyes e hierofantes de la Atlántida que colonizaron y dirigieron desde los santuarios y desde el poderoso trono, aquella gran civilización egipcia que dio tan ubérrimas cosechas espirituales al mundo.

A propósito de esa trascendental siembra cíclica, echará de ver el lector, en este otro momento clave de traspaso intercíclico que vivimos, regidos por un signo de aire o de mente superior (*nous*) la sintonización extraordinaria del mensaje hermético con el requerimiento espiritual de nuestros días. Y como confirmación de ello, diremos más; el signo zodiacal de Acuario que preside la Era que nace, hace vibrar el signo opuesto y complementario que siempre da la tónica espiritual del ciclo naciente cuyo mensaje completa, (1) en este caso, Leo, el trono del sol que, según la esotérica interpretación, significa la síntesis, la divina fuente de todas las verdades conocida a través de los santuarios, escuelas, cátedras trascendentes o mensajes directos en todos los tiempos.

Como dijo el propio Hermes: “La misión del hermetismo no es la de ofrecer al mundo una creencia nueva, sino la síntesis de todas ellas, la enseñanza universal y eterna forjadora del humano arquetipo o ser de perfección, clave de todas las altas doctrinas conocidas y de la cual se deriva la conciliación –comprensión– de todas ellas, mediante la “gloriosa síntesis”.

Esa “gloriosa síntesis” es precisamente la que hallamos en “*La Tabla Esmeraldina*” de Hermes.

La palabra sagrada o logos iluminado, *nous*, era el que dictaba el propio Hermes, a través de los himnos y diálogos de sus famosos “Libros”, el divino mensaje. A propósito de ello, citemos este elocuente párrafo de uno de ellos:

La mente (*nous*) se halla –concentrada– en Dios. Graba esta verdad en ti mismo y aparecerá. Ejerce tu voluntad y le darás nacimiento. Subyuga tus sentidos –haz silencio– y en ti tendrá lugar el divino nacimiento. Mas antes, conviene que te purifiques.

Por los poderes de Dios quedas al fin purificado –el dios que hay en ti mismo– y el que articula el discernimiento. La intuitiva esencia ha organizado el conjunto, logrando el renacimiento en la deidad a través de la cual y mediante la gracia, por el conocimiento propio, se logran la vida y la luz. Y, como consecuencia, la alegría.

Estas palabras evidencian la trascendencia operativa de la mente superior en el hombre, puesto que Hermes dirige las anteriores palabras a Tat, al que llama “hijo”, representación del hombre anhelante de sabiduría y de perfección.

El periodo de siembra cíclica del gran “Trismegisto” coincidió, históricamente, con la creación de la Gran Pirámide del faraón Keops o Kufú, del cual lleva el nombre. Ese portentoso monumento de las edades, era en verdad otra síntesis de la gran ciencia –la ciencia universal y esotérica–. Fue planeada por el propio Hermes como templo iniciático al comienzo de la cuarta dinastía faraónica. Por ello ha dado siempre fe de la suma de toda ciencia, de toda sabiduría, así divina como humana.

El hecho real es que el espíritu cósmico con su gran poder universal se infundió en Hermes, ese gran Avatar Cíclico, para ayudar al renacimiento interno de la humanidad. Mas ese poder, esa energía, esa sabiduría iluminada que transmiten los Avatares del ciclo, sólo pueden transferirse a los seres predispuestos, puros y sensibles, comprensivos y superiormente desarrollados, en forma e bautizo cósmico, con sus directrices sugeridas y su enseñanza aplicada. Así se otorga el legado fundacional de los Hermes y, especialmente, el que dejo, en parte, la palabra escrita, el logos creador, del que damos a continuación la curiosa síntesis en forma de “Tabla esmeraldina”.

Dice así:

No hablo de cosas falsas, sino de incommovibles verdades.
Lo de abajo es igual que lo de arriba y lo de arriba es idéntico a lo de abajo.
Y con ello se cumple el milagro del ser.
Porque todas las cosas derivan de la divina palabra y de la Divina Existencia
y tienen, por tanto, el mismo origen; la raíz del universo,
por afinidad de principios.

El padre de todo es el Sol, la madre la Luna,
y el viento –aliento universal–. Su aliento
que alimenta y es causa de toda perfección sobre la Tierra.
Su poder es enorme si sabemos conducirlo, aprovecharlo, realizarlo y dirigirlo.
El Espacio lo ha llevado en su vientre; la Tierra es su nodriza.
El generador de todo es el *telema*. (2)
Secreto o tesoro de todo el Cosmos que está aquí.
Su fuerza o potencia está intacta si se convierte en tierra.
Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero,
suavemente, con sumo cuidado.

Sube de la Tierra al Cielo y, de rechazo, desciende a la Tierra
y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las inferiores.
Por este medio poseerás la gloria y la Luz del Mundo –o Cosmos–
y por ello, toda obscuridad huirá de ti.

Así logramos mayor poder y ese poder confiere
las más sutiles dádivas que compenetran lo material.

De ese modo fue creado el mundo. Y por él serán y saldrán
admirables adaptaciones cuyo medio está aquí, a nuestro alcance.

Por esto he sido llamado Hermes Trismegisto, el que posee
las tres partes de la filosofía de todo el mundo.

-
- (1) Remitimos al lector, para más preciso conocimiento de la *ley de los ciclos*, a la serie de obras de la misma autora, conocida como “Astrología Cíclica”, editada por la Editorial Costa-Amic de México.
- (2) *Agente Universal*, que en su correlación de fuerzas, suministra el Elixir de Vida y que la filosofía hermética llama *azoth*, el Alma del Mundo, la Virgen celestial –¿Isis?–. La ciencia la conoce bajo distintas características, aunque ignorando sus propiedades espirituales y la oculta potencialidad contenida en el éter. (H. P. B. “Isis sin Velo”.)
-

IV

Breve Catecismo Hermético

Este *Breve Catecismo Hermético* parece fue compuesto y divulgado por la Escuela Hermética de Alejandría, en el último periodo en decadencia de la civilización egipcia, bajo la regencia de los primeros tolomeos. Esta cátedra hermética, parece gozaba de excepcionales preferencias entre todas las escuelas de diversas tendencias y orígenes acogidos al aula magna de la llamada Escuela Ecléctica de Alejandría.

Esos postrimeros herméticos allí acogidos, formaban parte de las otras agrupadas ideologías enlazadas por una común tolerancia y buena voluntad, ya que el lema del eclecticismo o sincretismo alejandrino se cifraba en la unión con el compartido anhelo de investigar y comunicar al acervo común que formaban, el fruto de sus investigaciones.

En verdad, este *catecismo* así simplificado, tiende a una mayor comprensión del mensaje de Toth-Hermes, por el neófito y su finalidad consistía en dar a conocer de manera sintética y de forma más pedagógica, las verdades esenciales sustentadas por los antiguos sabios del país de Egipto.

Mas a pesar del esfuerzo efectuado por los hermetistas alejandrinos, de poner al alcance de todas las inteligencias ávidas de conocimientos las verdades básicas contenidas en los libros herméticos, el *catecismo* resultará siempre, para los iniciados en las verdades ocultas, hartamente exotérico y débil contenido. Mas, dejando aparte la capacidad natural de discriminación del entendido, y tratando de penetrar en su trasfondo, se echará de ver en este *Breve Catecismo Hermético* la pureza del primitivo mensaje oculto, apenas revelado a través de la palabra. O sea, un mensaje que más bien tiene que ser intuitivo, a manera de una fruta suspendida en lo alto, puesta al alcance del puro hambriento que la descubre al inquirir, con los ojos elevados, los misterios del firmamento. No olvide el lector que la doctrina hermética debe comprenderse a través de la mente superior o intuitiva, el *nous*, lo que personifica el *Pymander*, el mejor libro llegado hasta nosotros del gran Toth-Hermes.

Con este propósito y por orden correlativo, en nuestro afán exegético –hermenéutico más bien– ofrecemos la presente síntesis de los Libros sabios: el *Catecismo*.

Lo transcribimos rogando por lo antedicho al lector, que se afane por comprender y trascender, en ciertos momentos, el léxico acomodaticio, propio de las características de la era que entonces comenzaba bajo el influjo de los Peces. (*)

De este modo, el Diálogo realizado con miras esclarecedoras y explicativas, puede todavía allegar positivas enseñanzas y abrir la gran puerta de las verdades superiores contenidas en los fragmentos que siguen.

1. P.: ¿Cómo llegó a la creación el Universo?
R.: Lo creó Dios.
2. P.: ¿Quién es Dios?
R.: Él es la infinita y eterna Realidad existente tras de lo fenoménico, conocido por el hombre como el Buen Padre desde que se reveló a sí mismo a través de la creación.
3. P.: ¿De qué modo creó Dios el Universo?
R.: Pronunció Él una intensa palabra en la que condensó de manera perfecta el eterno pensamiento que latía en Su Mente, y continúa revelándose a través de Su Voluntad.
4. P.: ¿Cómo alcanzó este supremo pensamiento a crear?
R.: Su naturaleza en Benevolencia perfecta y así puede darse a Sí mismo.
5. P.: ¿Puede Él anhelar algo para Sí a través de esa actividad?
R.: No. Conteniendo Él eternamente en sí mismo todas las cosas, nada puede obtener, ni tampoco puede perder nada, ya que nada existe fuera de Sí mismo.
6. P.: ¿Es bueno el Universo?
R.: Proviendo y permaneciendo en el perfecto y amoroso Ser, nada puede, en Él, ser malo. Y siendo el hombre hijo de Dios, comparte Su naturaleza y Su inmortalidad, aunque, poseyendo un cuerpo material, se halla sujeto a transformaciones y penalidades.
7. P.: ¿Qué es el hombre?
R.: El hombre es hijo de la Divina Mente, emanado de Ella para gozar de la eterna bendición celeste, aun descendiendo al mundo material en busca del placer de los sentidos. Por ello es dual en Su naturaleza: una parte mora en Dios en los Cielos, otra se halla sujeta a las pasiones terrenales.
8. P.: ¿En qué forma emanó el hombre de Dios?
R.: Al compartir su propio deleite en las hermosuras de su Universo, Él quiso un ser dotado de razón para encontrarse a través de estas formas exteriores.
9. P.: ¿Cómo llegó el mal a tener existencia?
R.: Dos es todo Luz, pero así como goza dándose, quiso manifestarse en otro. Pero ese "otro" debe hallarse separado de Él y esa separación implica miseria, oscuridad, maldad. De ese modo aparecieron las tinieblas y ellas contienen cuanto se halla opuesto a la divina cualidad del Bien, la Luz.
10. P.: ¿Cómo puede permitir Dios que el mal exista?
R.: Así como el moho es inherente al hierro, así el mal es condición de la materia. Al conceder al hombre la voluntad del libre albedrío, la elección la debe efectuar éste forzosamente, existiendo los pares de opuestos.
- 11.: P.: ¿Es eterna la materia?
R.: No. Es la consecuencia del oscuro Principio, cuando ocurre la separación de la Divinidad. Pero su relativa eternidad consiste en que lleva latente el conjunto del Universo como fruto de la Mente Divina.

12. P.: ¿Cuál es el origen del alma individual?
- R.: Se diferencia del Alma del Universo al engañarse creyéndose separada de las formas y ansiando animar una de ellas.
13. P.: ¿Cómo fue que el hombre se hizo prisionero de la carne?
- R.: Fascinado por el Universo, quiso también crear a semejanza de Dios. Pero sujeto a las atracciones de la materia física, se identificó con ella y cayó prisionero del cuerpo.
14. P.: ¿Cómo puede liberarse?
- R.: Desligándose otra vez, o bien superando los deseos del cuerpo e identificándose con el Espíritu en el que tiene la verdadera morada.
15. P.: ¿Puede realizar esto sin ayuda?
- R.: No. Debe recibir ayuda de Dios.
16. P.: ¿Cómo puede ayudarle Dios?
- R.: Si él aspira a superarse, el mismo Dios llega a él como Mente Espiritual manteniendo sus sentimientos lejos de la tentación, permaneciendo en él y conduciéndolo hacia lo real.
17. P.: ¿Cuál es el deber del hombre en la Tierra?
- R.: Amar y servir a Dios, embellecer Su creación y contribuir a la realización de Su Voluntad para que así sea, y buscarle con todo su corazón y con toda su alma.
18. P.: ¿Cuál es el premio a la rectitud?
- R.: La amistad con Dios es felicidad en esta vida y paz en la muerte, y un leve pasar a través de los fuegos purificadores en presencia de la Deidad, en tanto que el alma la adora para siempre con los Ángeles.
19. P.: ¿Qué ocurre con el hombre malvado?
- R.: Siendo esclavo de la pasión y el vicio, al morir gravita hacia un odioso infierno de tempestuosas pasiones y miserias hasta que se introduce en otro cuerpo denso menos degradado que el anterior.
20. P.: ¿Existe alguna protección contra ese peligro?
- R.: El único cable seguro es la devoción a Dios, ya que Él salva a sus devotos de toda índole de males.
21. P.: ¿Posee el hombre verdadero poder de elegir?
- R.: El hombre permanece realmente en el Cielo cuando mantiene el control superior de su destino; pero si se identifica a sí mismo con los inferiores deseos, desciende por su propia gravitación y pierde poder para llegar a elegir la rectitud. Mas Dios restituye su poder a aquellos que Le buscan y, en ese caso, el hombre se halla absolutamente libre de elección.
22. P.: ¿Por qué no otorga Dios su ayuda a todos?
- R.: Porque entonces los seres se convertirían en autómatas, atados por sus propias cadenas y, por tanto, carentes de los méritos y de la elección divina que contrarrestan al yo; así

no puede hacerse merecedor de la plena ayuda de Dios que se logra buscándose uno mismo más allá de todas las formas.

23. P.: ¿Posee el hombre pensamientos propios?
- R.: No. Sus elevados pensamientos proceden de Dios y los negativos los sugieren los malignos espíritus tentadores que le arrastran a la sensualidad.
24. P.: ¿Es el hermetismo una religión dual?
- R.: No en sí. Enseña la existencia de un solo Dios en el cual todo existe, pero permanece como Vida eterna y Luz de todo, y rechaza las nociones independientes de maldad y de un demonio personal. Mas posee la fuerza de doble naturaleza del Hombre-Dios y de la bestia que luchan, en tanto dura la vida terrenal.
25. P.: ¿Enseña la reencarnación?
- R.: El hombre se halla dentro de un cuerpo porque a lo largo de la existencia allega experiencias sensorias que sólo se pueden conseguir a través de un organismo físico humano. Tan pronto se halla libre de tales deseos, la reencarnación cesa. Así que no es asunto de tiempo, no se trata de prescribir o padecer un número determinado de nacimientos.
26. P.: ¿Cómo puede el hombre encontrar a Dios?
- R.: Dios puede ser visto dentro del inmenso Universo en el que tiene su ser y también dentro del corazón del hombre. Identificándose a sí mismo con la Divinidad en el conjunto Universal, puede el hombre romper la estrecha prisión de su materialidad y entrar en la infinita Vida y en la Luz total que emergen del Todo.
27. P.: ¿Dónde está Dios?
- R.: Él se halla dondequiera y en todas las cosas y, al propio tiempo, en el océano, en el que tuvieron existencia todos los seres.
28. P.: ¿No posee un templo especial?
- R.: Este inmenso Universo es Su cuerpo, el altar en que mora. Pero más especialmente tiene su morada en el corazón del hombre que devotamente Le sirve y Le adora, y que por ello deviene altar y tierra santa.
29. P.: ¿Puede ser comunicada la verdadera *gnosis* (conocimiento) de Dios?
- R.: No. Emerge del corazón como pura dádiva, como gracia de Dios, cuando se halla limpio de toda mancha y consagrado sólo a Él. Pero un hijo de Dios, plenamente iniciado en la Sabiduría divina, toma forma o se realiza ante el neófito y despierta en él el conocimiento y el amor divinos.
30. P.: ¿De puede resumir en pocas palabras esa religión (Hermetismo)?
- R.: Es una senda de unión amorosa con el Dios Único, a través de una identificación del alma pura con el Universo, que es su Imagen o su Sombra.

(*) Aconsejamos al lector la lectura del libro de la serie "Astrología Cíclica", intitulado *El Horóscopo del Mundo y la Era de Acuario que Comienza*.

V

Pymander

Pymander quiere decir mente superior o mente iluminada.

El Supremo Señor de Todo del cual han hablado los poderosos seres venidos periódicamente al mundo desde la aurora de los tiempos, ha sido el Único invocado.

Le conocemos como Adonais, como Cristo, como Osiris, como Krishna. Pero fue como Divina Pymander como apareció a través de Hermes Trismegisto, el poderoso Hierofante egipcio conocido también como Mercurio Termaximo, o Toth Trismegisto o “Tres Veces Grande”, padre de la sabiduría hermética.

Pymander significa también “pastor o conductor de hombres”. Es el guía y maestro, iluminador y arquetipo ideal de toda la humanidad.

Sus esotéricos Diálogos, compilados y traducidos directamente del original al griego culto con el nombre genérico de PYMANDER, de tan honda raigambre oculta y filosófica, tienen lugar entre el propio Hermes y Pymander, su mente superior –su *nous* según los intérpretes griegos– como en esta primera parte, y otras veces, entre Hermes, intérprete del *nous*, y la humanidad anhelante de sabiduría representada en Tat, su hijo bienamado.

Conviene siempre tener en cuenta que las mejores versiones de los primitivos “Libros de Hermes” se deben a los cultísimos griegos residentes en Alejandría en la época del último esplendor de la cultura greco-egipcia, coincidente con las postreras dinastías tolemaicas que tenían su trono en Alejandría, entonces capital de Egipto.

Vamos a dar comienzo a uno de los mejores Diálogos, el propiamente llamado PYMANDER en el que Hermes quiere representar al alma humana en su conjunto, dialogando con *nous* o la mente superior o iluminada.

PYMANDER

De pronto, me pareció encontrarme ante un Ser vasto e infinitamente grande, que me llamó por mi nombre, preguntándome:

– ¿Qué quisieras oír y ver, aprender y conocer a través de la meditación?

Yo dije entonces:

– ¿Quién eres tú?

Y me respondió:

– Soy Pymander, la Mente Suprema.

Yo insinué:

– Quisiera aprender las cosas que son, comprender su naturaleza y conocer a Dios. Sobre ello, me dispongo a escuchar.

Él añadió:

– Conozco cuanto anhelas saber porque, en verdad, yo me hallo siempre identificado contigo. Mantén en tu mente aquello que desees aprender y yo te lo enseñaré.

Inmediatamente, al decir estas palabras, cambió de aspecto ante mí, y se abrió en forma de esplendor. Y contemplé una visión infinita. Todo se transformó en luz suave y alegre, y yo gozaba mirándola.

Por fin, Pymander se manifestó en forma audible y me dijo:

– ¿Has comprendido la índole de esta visión?

– Háblame y comprenderé– respondí.

Me dijo:

– Yo soy esa Luz, la Mente, el Dios Primero que existía antes de la oscuridad. La esplendorosa Palabra de la Mente es el Hijo de Dios. Y lo que ves y oyes en ti, es el Señor de la Palabra. La Mente es su Padre, ya que ambos no se hallan separados, puesto que constituyen una sola unidad que es vida. Ahora, concéntrate en la Luz y reconócela.

Diciendo estas palabras, me miró intensamente a los ojos durante largo tiempo y yo temblaba ante su aspecto. Pero con remontada mirada observé otra vez en mi mente que en la luz subsistían inúmeros poderes y que devenía un Universo sin fin. De ese modo percibí la Palabra Pymander.

Entonces, al quedar yo en estado atónito, Él me habló otra vez diciendo:

– Has visto mentalmente la arquetípica forma que era antes del comienzo y que tiene fin... Contempla asimismo los Siete Mundos situados por encima de nosotros, adornados dentro de un sempiterno hermoso Orden, llamado la eternidad con sus variados cursos. Y verás como todas las cosas se hallan plenas de luz, aunque el fuego no aparezca, ya que es el amor que une los contrarios y funde lo disimilar dando nacimiento a la radiante, poderosa luz, la energía de Dios, Padre de todo lo bueno, Guía de todo orden. Conductor del orden de los Siete Mundos. (1)

Contempla la Luna, órgano de la Naturaleza que transforma la materia de aquí abajo. Contempla la Tierra, en la que se fundamenta la hermosura cósmica, nutridora y nodriza de todo lo perteneciente a la Tierra. Y contempla la multitud de mortales vidas como crecen, y otras como se hallan sujetas a la muerte. Y mediando entre ellas, lo mortal y lo divino.

La Luna, he aquí el símbolo de la Naturaleza, el formativo principio que se halla detrás de toda materia. Y la Tierra, siendo la postrera creación, constituye el fundamento del cual arranca toda la vida en progreso.

Y todo está lleno de Alma que lo mueve y determina su peculiar sendero. Algunas de esas cosas vivientes gravitan hacia el Cielo, otras hacia la Tierra; observad como todo tiende a la verdad, no al error. Nada de lo que debe estar arriba se halla abajo y al revés. Todo está sujeto a generación.

– “¡Oh, mi bienamado Hermes!” No tienes ya necesidad de aprender de Mí. Todo posee cuerpo, alma y movimiento. Y por ello, forman juntos una unidad, lo que indica que en su totalidad constituye el Uno.

Y Dios es en verdad *nous* y el *nous* se halla contenido en el alma y el alma en la materia, pero todo lo contiene la Eternidad. Mas todo ese cuerpo universal (cosmos) en el que tienen existencia todos los cuerpos, se halla repleto de alma y el alma esta llena de *nous* y el *nous* integrado todo por Dios. Ya que Él todo lo llena. Y sin Él no se vivificaría el Cosmos.

El Alma de la Eternidad es Dios, pero el Espíritu del Cosmos es eternidad. Y el hombre arquetípico es aquel que tiene dominio sobre todos los mortales en el Cosmos y sobre los seres vivientes irracionales. Su Faz se halla dirigida hacia abajo, a través de la cósmica armonía, trascendiendo las esferas y mostrando, en los extremos límites de la Naturaleza, la Divina Hermosura de la Forma. Y cuando ella –la Naturaleza– contempla la formal belleza, jamás se siente saciada, como Aquel que posee en sí mismo la energía de los Siete Regentes, así como la propia forma de Dios. Y ella se regocija con amor, porque a través de todo, ve la imagen del Hombre Perfecto sobre sus aguas –la materia primordial– ya que lo que se manifiesta sobre la tierra es Su sombra. Mas Él, a su vez, viendo aquella Forma –Ideal– igual a sí mismo en sus aguas, la ama y anhela convivir con ella. Y su voluntad realiza el acto –la energía– y de ese modo vivifica la forma desprovista de razón.

En su recto sendero, Dios pronunció su Santa Palabra (Logos) diciendo: Crece y reproducete y multiplícate en innúmeras formas y creaciones. Y que el hombre, merced a su *nous*, se conozca a sí mismo como ser inmortal, ya que la causa de la inmortalidad es el amor. Para así comprender todas las cosas existentes.

(1) Los Siete Mundos o Mundanos Órdenes no deber tomados con referencia sólo a los mundos o planetas básicos de nuestro Sistema Solar, sino en un sentido más amplio, como Siete Planos de Evolución o condiciones de existencia.

VI

La oculta plática del monte

Esta famosa plática de Hermes, el “Tres Veces Grande”, es una de las más significativas e importantes de toda la doctrina hermética que ha llegado como tal hasta nosotros.

En ella, y de acuerdo con su título “Plática de la Ascensión”, simplemente –que así debía denominarse en anteriores tiempos– pero más conocida hoy por “Plática o Sermón del Monte”, trata Hermes, siguiendo la inspiración de *nous* o divino Pymander, de guiar hacia la altura de la perfección a su hijo espiritual, o discípulo Tat.

De ese modo, advertirá el lector la forma sabia de esa conducción, regeneración o transmutación, conforme al proceso hermético, ya que la escalada o ascenso debe interpretarse según el símbolo transferido a lo anterior. O sea, que el diálogo no ocurre en el plano dimensional, sino dentro de la topografía anímica.

Porque hay que tener en cuenta que la regeneración a que Hermes hace referencia en esta plática, alude a la existencia del arquetipo en el hombre, a su ser perfectible, puro en sus esencias, impuesto de su investidura cósmica. Por ello, esa regeneración ha sido definida como “Sendero Único”, más allá de la rueda de nacimientos y muertes, que han recorrido los grandes Iniciados de todos los tiempos.

“Todo remonta a su fuente”, según Pymander, cuando alcanza las energías de la purificación y el ser se regenera al operar, una a una, la fórmula de transmutación sobre cada partícula septenaria de su propia naturaleza. Entonces es cuando se halla el individuo en disposición de recobrar su herencia y puede usar de sus poderes al transmutar a ciegas energías de sus siete vehículos convirtiéndolas en energías conscientes. Trascendidas las siete pruebas encaminadas a purificar las siete envolturas cósmicas y humanas, escala el ser la octava esfera que es plenitud total, que es armonía, condición del Universo y paz iluminada.

Como podrá apreciar el lector, se trata de un proceso entrañado a la más alta filosofía de la vida.

Siguiendo la inspiración de Pymander y al trascender el estado septenario, en la octava u “octava esfera” se alcanza el divino estado o liberación.

Alcanzada la cima del Monte Espiritual, dice Pymander que el individuo que a ella ha ascendido, puede contemplar a Dios en su integridad y percibir todos los pensamientos e intelecciones. Y al expandirse en la inmensurable grandeza cósmica, puede vivir en lo eterno, conocer a Dios e identificarse con Él.

TAT: En la plática general, ¡oh, Padre!, has hablado enigmáticamente al discurrir sobre la divinidad y no te has revelado plenamente al decir que ningún hombre puede ser salvado antes de lograr la regeneración. Luego cuando me convertí en tu suplicante en la ascensión del monte y conversaste conmigo, te manifesté con ahinco mi anhelo de conocer el más allá de todas las cosas, tú me prometiste esa comunicación y me dijiste estas palabras: “Cuando, enajenado, sientas la locura del mundo.” Desde entonces, me

predispuse, enloquecido, a llenar de enajenación mis pensamientos por la ilusión del mundo, y ahora, pones al descubierto mis deficiencias con tu prometida enseñanza de la regeneración, sea a través de la palabra pronunciada o por vía secreta. Porque yo ignoro, ¡oh, ser “Tres Veces Grande”!, de que extraña sustancia o semilla ha nacido el hombre.

HERMES: ¡Oh, hijo! Esa sabiduría debe ser comprendida en silencio. Piensa que el verdadero bien está en la semilla.

TAT: ¿Quién es el sembrador, oh, Padre, puesto que me siento totalmente ignorante?

HERMES: La voluntad de Dios. ¡oh, hijo!

TAT: ¿Qué índole de individuo es el así engendrado, oh, Padre? Porque yo me siento al margen de tal esencia, por encima de los sentidos, que son los que conocen en mí.

HERMES: Aquel Que participa de ese engendro, se convierte en otro hijo de Dios y se halla más allá de todos los poderes engendrados, el Todo en todo.

TAT: Tú me hablas en forma esotérica, ¡oh, Padre! Y esta no es conversación entre padre e hijo.

HERMES: Pienso que tal forma no ha sido revelada, ¡hijo mío! Pero cuando Él así lo desea, es conducido al reconocimiento por el Dios interno.

TAT: Me estás hablando de cosas extrañas más allá de mi comprensión y de ese modo responderé inadecuadamente. ¿Es que yo soy un hijo que no participa de la raza de su Padre? Tu sostén no me alcanza, ¡oh, Padre! Y si no soy un hijo auténtico, impárteme la fórmula de la regeneración.

HERMES: ¿Qué te diré yo, hijo mío? Trataré, sin embargo, de expresarme. Yo veo dentro de mí una imagen simple, producida por la gracia de Dios. Me evadí de mí mismo hacia un cuerpo inmortal y no sabía que forma tenía: había nacido en *nous*. Esto es algo indescriptible. No puede descubrirse en este compuesto elemento visible en el que te desenvuelves. Mi primera forma mediadora había sido desintegrada y me hallaba fuera de ella. No podía ser alcanzado. Sin embargo, podía entrar en contacto con los demás. No poseía dimensión, aunque sí medida. Tú podías verme con tus ojos, ¡oh, hijo!, mas aunque trataras de descubrir esto a través del cuerpo con los ojos físicos, no hubieras podido percibir en verdad lo que Soy, porque sólo puede comprenderse.

TAT: Dime, pues, ¡oh, Trismegisto!, ¿qué es la verdad?

HERMES: Todo cuanto es sereno, ¡hijo mío! Lo que no puede ser definido, lo que no tiene límites ni colores ni forma. Lo que no cambia, lo desnudo (puro), lo luminoso. Sólo así puede ser comprendido lo inalterable, lo bueno, que ningún cuerpo puede contener.

TAT: En verdad, Padre, acabo de perder mi capacidad de razonar al sentirme sabio a través de Ti. Los pensamientos han entorpecido y obstruido mis sentidos...

HERMES: Así es, hijo mío. Solamente *nous*, tu máxima necesidad, puede darte a entender la forma de nacer en Dios.

TAT: Entonces, ¿es que soy incapaz por mí mismo de ese logro, Padre?

HERMES: No, si olvidas a Dios, hijo. Retírate en ti mismo y vendrá porque le habrás dado entrada. Desea ardientemente conocerle y Él vendrá a ti. Aquieta todos los sentidos corporales, despójate a ti mismo de los irracionales tormentos de la sustancia universal (Hyle) y darás nacimiento a tu divinidad.

TAT: ¿Es que existen en mí preocupaciones, Padre?

- HERMES: Sí, y no pocas, y numerosos miedos.
- TAT: Los ignoro, Padre.
- HERMES: El primer tormento es la ignorancia. El segundo la pesadumbre, el tercero la intemperancia, el cuarto la incontinencia, el quinto la injusticia, el sexto la avaricia, el séptimo la falsedad, el octavo la envidia, el noveno la astucia, el décimo la cólera, el undécimo el odio, el duodécimo la malicia. Doce son en número. Mas entre ellos aun existen otros, alguno de los cuales permanece aprisionado en la materia y compele al individuo a convivir con ellos y a soportarlos. Mas ellos se apartan –inmediatamente– del que ha logrado la gracia de Dios. Y en ello consiste doblemente la razón y el modo de regenerarse. Por lo demás, hijo mío, mantén tu paz y ruega a Dios en silencio. De ese modo, la gracia no cesa y sigue asistiéndonos. Por tanto, alégrate, hijo mío, y sé purificado por el poder de Dios y el conocimiento del logos. Que por el divino conocimiento puedas llegar hasta nosotros, porque cuando esto ocurre, queda barrida la ignorancia. El conocimiento del gozo viene también a nosotros, y toda pesadumbre se aleja merced a esa alegría. Yo invoco la temperancia –el autodomínio– al cual sigue siempre el contentamiento. Es la más dulce virtud la que otorga ese poder. Dejemos que ese contento anide en nosotros y la intemperancia desaparecerá. Con respecto al cuarto tormento, invoco la continencia, el poder adverso a la concupiscencia. Este paso, ¡oh, hijo!, es el firme y estable fundamento de la justicia. Sin esfuerzo, se advierte como ella barre todo lo inicuo y nos justifica. Así desaparece, ¡oh, hijo!, toda injusticia. El sexto poder que yo llamo existente en nosotros, es el que nos imparte la comunión y es el opuesto a la codicia; cuando la avaricia –el egoísmo– desaparece, atraemos la verdad, y cuando esto ocurre, la falsedad y la decepción se desvanecen. Advierte, pues, ¡oh, hijo!, de que modo el bien se completa con la verdad y, como consecuencia, todo rencor se aleja de nosotros, y en esa verdad unida al bien, se juntan la vida y la luz. Y ahora, que acaben todo tormento y toda lamentación causados por la oscuridad evocada. Que al ser barridas, todo lo demás desaparecerá. Así que merced a Su Gracia, has obtenido el contacto con la divinidad. En adelante, pues, llénate de alegría, ¡oh, hijo! Recibe mi paz, y ruega a Dios en silencio. De ese modo, su gracia no se apartará de ti. Regocíjate ahora, ¡oh, hijo mío!, porque has sido purificado por el poder de Dios y el conocimiento del Logos. Por el divino conocimiento has llegado hasta nosotros.
- TAT: Habiendo alcanzado la armonía a través de Dios, ¡oh, Padre!, comprendo y concibo, no a través de la visión de mis ojos, sino mediante la energía intelectual lograda a través de los poderes. De ese modo, me hallo en la tierra y en el cielo, en el agua y en el aire. Me siento en toda criatura viviente, en las plantas, en la matriz, antes de ella y después. ¡Estoy dondequiera! Pero, Padre, explícame esto de los tormentos, de la oscuridad; eso de que son doce en número y que pueden ser gobernados por diez poderes. ¿Cómo se logra esto, oh, Trismegisto?
- HERMES: Ese tabernáculo –el alma humana–, ¡oh, hijo!, a través del cual pasamos, consiste en el círculo zodiacal, compuesto de elementos, de *tipos de vida* –o naturalezas animales– en número de doce, a pesar de que su raíz es una, como omniforme idea. Ya que a través del error, el hombre se destaca entre los demás aunque obra en comunión con ellos, formando unidad. Por ejemplo: la cólera se considera aliada del odio, pero pueden ser distinguidos entre sí. Y de acuerdo con tal razón, tales tormentos pueden ser suplantados por los diez poderes, ya que el Decanato (*) constituye una idea única. La década, ¡oh, hijo!, es la engendradora de las almas, del mismo modo que la vida y la luz van unidas y su unidad nace del espíritu. He aquí porque, de acuerdo con la recta razón, el Único contiene la Década y la Década el Uno.
- TAT: ¡Oh, Padre!, yo veo el Todo. Yo mismo soy *nous*.
- HERMES: Esta es la regeneración, ¡hijo mío! La consecuencia de la presente plática será que nunca seremos ya profanadores del Todo y de lo múltiple, ya que a todos dota en verdad el mismo Dios, a pesar de no revelarlo.

(*) Se refiere a la famosa década pitagórica, los diez puntos inscritos en el triángulo.

VII

La himnodia secreta

Como se recibe, se puede dar. Así otorga la deidad el secreto de su alabanza mágica y viva a través de un "himno" secreto, un poema operativo del despertar interno, un "verso", en suma, de poder reservado a los pocos.

Ese "himno" hermético era antiguamente recitado sólo en los momentos astrales propicios y se recitaba o cantaba sintonizado con el diapasón de los astros. De ese modo, su efecto realizador era inmenso, ya que asociaba a su significado noético, a su vibración salutífera hyleica, las grandes fuerzas universales. Su beneficio se extendía a manera de una onda irradiante y poderosa, auténticamente efectiva. Y el efecto de la poética plegaria de poder, la himnica invocación cadenciosa a través de la palabra –logos– era de trascendencia rítmica y armoniosa, y lograba el auténtico despertar de las almas a su divinidad interna y externa, a su perfección, a su propio arquetipo, en suma.

La "Himnodia Secreta" tenía esa finalidad. Contribuía no sólo a la integración de rapsodas y oyentes, sino que plasmaba el aire, el ambiente del lugar sagrado. Porque Hermes, el Maestro Cíclico, se manifestaba entonces de modo directo, atraído por el poder de la invocación mágica y podía repetir su alto ministerio. De ahí la efectividad sin posible definición de este logos ritmado, tan pleno de contenido como de efectividades. A su canto acudían los Ángeles mediadores estelares del ciclo dominante, así como los *Afrites*, los espíritus protectores de los reyes divinos atlantes, los eternos vigilantes que velaban invisibles, colaborando en la eficacia de los altos misterios y ayudando a las almas anhelosas de perfección.

Era fama, por tanto, sobre todo entre los Hierofantes y los Iniciados de categoría superior, que la oportuna y frecuente recitación de la "Himnodia Secreta", en su misión de himno universal y telúrico, expandía la concordia en todas las clases y condiciones de las gentes del país y allegaba especial protección a sus dirigentes, así como resguardo y efectividad, fortaleza y eficacia espiritual a los ejecutores de los santuarios.

Pero el requisito insoslayable era siempre que la "Himnodia Secreta" fuera comprendida y recitada conscientemente, poniendo en juego todas sus palancas de poder para que operara el debido beneficio en torno: en el individuo, en el país y en el mundo.

PREÁMBULO DE HERMES A LA HIMNODIA SECRETA

TAT: Padre, deseo aprender el arte de bendecir a través de un himno, en el cual, como dices, pudiera captar a través de Pymander, los poderes de retorno de la Ogdoada. (1)

HERMES: Hijo mío, te estás apresurando por lograr la purificación, la notable "puesta en marcha". Pymander, la Mente Suprema, no me transmite más de lo que ha sido escrito aquí abajo, aun sabiendo que yo podría obtener mayores logros por mí mismo, o sea, oír cuanto yo quisiera y verlo de nuevo. De ahí que Él me permite realizar hermosas cosas. Tal es el motivo de que los poderes todos, canten también conmigo.

TAT: Quisiera oír, Padre, ese canto y comprenderlo.

HERMES: Tranquilízate, hijo mío, que vas a oír mi Himno de Bendición seguido del de Renacimiento. No he tratado, en verdad, de hacértelo comprensible, ya que no tiene, al fin de cuentas, intento de salvación. Mas debe ser percibido en lo profundo y en silencio.

LA HIMNODIA SECRETA

¡Que toda la Naturaleza del Cosmos escuche este Himno!

Ábrete, Tierra; abre los hondos abismos para mí.

Árboles, no tembléis cuando cante al Señor de la Creación, al todo y al Único.

Abríos, cielos; apaciguaos, vientos, y que la inmortal esfera de Dios reciba mis palabras.

Porque quiero cantar la plegara a Aquel que todo lo creó, que fijó la Tierra y suspendió los Cielos, que condujo las dulces aguas del océano a la tierra, a los lugares habitados y a aquellos que no lo están, para proceder al uso y nutrición de todos los hombres.

Que hizo que el fuego brillara en toda acción de honor de dioses y hombres.

Permitid que juntos lo alabemos a Él, el Ser sublime, Aquel que gobierna en los cielos y es Señor de toda Naturaleza.

¡Que el Ojo de Nous pueda aceptar esta plegaria de mis poderes, y de todos los poderes en mí existentes, puesto que yo invoco al Uno y al Todo!

¡Cantad sumados a mi voluntad, todos los poderes en mí contenidos, oh, santo conocimiento en Ti iluminado!

Yo magnifico la inteligible Luz que sólo *Nous* puede ver, regocijándome en la alegría del Logos.

Todos los Poderes cantan plegarias conmigo, cantan himnos conmigo, a mi temperancia, a mi continencia.

Cantan a través de mí, de mi justicia –las plegarias de la rectitud–.

Yo te brindo, ¡oh, mi comunión!, los rezos del Todo.

Cantad a través de mí, ¡oh, Verdad!, las plegarias verdaderas.

Y canta, ¡oh, Bondad!, el himno del Bien.

¡Oh, Vida y Luz! Que por nosotros fluya vuestra plegaria, la acción de gracias a Ti, Padre, Energía de todos mis poderes.

Porque yo te agradezco, ¡oh, Dios! Tu poder, y la dádiva de todas mis energías.

Tu Logos –palabra original, divina– a través de mí te canta, y vuelve por mí al mundo todo, esta oblación del Logos.

Tal es el plan de todos los poderes en mí existentes.

Ellos te cantan a Ti, que eres el Todo, puesto que son Tu voluntad.

Tuya es la voluntad, Tuyo es el Todo; recibe, pues, la razonable oblación de todas las cosas.

¡Oh, Vida! Preserva al Todo existente en nosotros; enciéndete, ¡oh, Luz!, y acércanos, ¡oh, *Nous*!

De Tu espíritu, ya que eres el Pastor del mundo, el dadivoso Creador del Espíritu.

Eres Dios. Y tú. Hombre Esencial, clamás a través del fuego,
del aire, de la tierra, del agua y del espíritu, a través de todas Tus criaturas.

En Tu eternidad he fundamentado mi plegaria a Ti, y en Ti quisiera fundamentar el objetivo de cuanto me propongo.

¡He encontrado mi paz!

–Hermes, declara aún–

Nous penetra en el alma piadosa y le enseña la Luz del divino conocimiento.

Y esa alma, jamás se cansa de dirigir cantando plegarias a Dios, ni de derramar bendiciones sobre todos los hombres, mediante los hechos y las palabras, imitando a su propio Divino Padre.

Por tanto, ¡oh, hijo!, demos gracias a Dios e invoquémosle, para que nos sea dable recibir en verdad al radiante *Nous*.

(1) Pymander, la mente superior o iluminada es, en verdad, la única capaz de captar los altos poderes cósmicos. Y es significativa, básica para la debida comprensión en profundidad, de la frase, la mención de ese “retorno a la Ogdoada”, o sea, del más allá de los siete círculos o septenario que hace alusión a la “octava esfera” o al “óctuple sendero”, refiriéndose al infinito, al espacio libre, a los dominios de la pura divinidad, exentos ya de límite y sujeción.

VIII

Fragmentos fundamentales de los libros de Hermes

Hermes vino al mundo, y prosiguiendo la siembra espiritual de su antecesor, nos enseñó el significado de la mente superior (*nous*) como intermediaria del Espíritu, como aportadora de la sabiduría eterna. Nos enseñó, en suma, una especie de religión mental. Por ello, sus escritos se fundamentan en la Divina Sabiduría, en la Herencia Eterna que no puede morir nunca y que constituye la tradición sagrada de los pueblos y de las edades, desde que el mundo es mundo.

Todos los precursores, todos los Avatares de la Era Cíclica, fundadores de pueblos y de razas, no han hecho más que sembrar esa bendita semilla de la inmortal verdad en el terreno propicio para su fructificación, de acuerdo con las características astrales de su momento histórico.

En el primitivo país electo para su aparición con el nombre de Toth-Hermes, el “Tres Veces Grande” del septenario de manifestación, da el máximo valor a ese plano inmanente del cosmos donde opera la Deidad Todopoderosa sin nombre y sin forma y de la cual deriva el germen esencial, la mónada, generadora a su vez de todos los centros de Luz y de Vida del Universo infinito, aquellos Soles-Padres, a su vez, de su universo manifestado. Por ello se denominaban antiguamente los LIBROS DE HERMES “los que precedieron a la primera oleada de vida” y que sirvieron de piedra sillar del antiguo Egipto, llamado por esta causa “País de la Sabiduría”.

Según la esotérica tradición, tales LIBROS fueron aportados de “otros mundos”, por lo que son la fuente de enlace de la Divina Sabiduría que sustenta todos los centros del verdadero saber de nuestra tierra.

Originalmente, los sabios preceptos de Hermes no sólo contenían el mayor acopio de esa alta sabiduría, sino también un auténtico poder. Sus conceptos logoicos –palabra trascendida– vibrantes y rítmicos, atraían la fuerza de los espacios porque estaban llenos de *verdad*, de *bondad* y de *belleza*, y eran expresados en forma poética, y recitados de acuerdo con las dominaciones siderales.

De acuerdo con esa tradición, bien arraigada en el pensamiento de los Iniciados del país del Nilo, en el postrer periodo de su milenaria civilización, durante la dinastía tolemaica que tuvo su trono en Alejandría, se estimuló grandemente a los estudiantes, acudidos allí de todo el mundo y congregados en las aulas sabias de su famosa biblioteca, para que fundamentaran sus estudios en las divinas enseñanzas de Hermes. A tal fin, se organizaron auténticos equipos de traductores, comentaristas y escribas para que vertieran, seleccionaran, adaptaran y comentaran sus enseñanzas, con el fin de que fueran convenientemente divulgadas por todo el mundo conocido.

De la obra hermética que ha llegado hasta nosotros, hemos dados en anteriores capítulos una compilación específica de temas. Pero nos hemos reservado el último para espigar en sus todavía no mencionadas lecciones, y darlas en forma de pensamientos sueltos

que, debidamente seleccionados y algunos aclarados, ofrecemos a continuación a nuestros lectores:

La presente plática, ¡oh, Tat!, no puede ser comprendida sin los misterios de Dios. Aquel que se halla más allá de todo nombre. Procura contemplarte en mi Mente (*nous*) y todo lo que permanezca inmanifiesto, se te revelará.

La bondad sólo se encuentra en Dios. Mejor dicho, el bien es Dios mismo en su eternidad. Ya que el único Principio de todas las cosas, dador de todo, es plenamente Bondad. (1)

Comprender a Dios es difícil; definirlo, imposible. Ya que lo incorpóreo no puede ser expresado por lo corpóreo; lo perfecto no puede ser comprendido por lo imperfecto, ni lo eterno por lo transitorio. El Único es de siempre. Lo demás, pasa. El Único es verdad. Lo demás, sombra de la realidad.

Dios no es la mente, sino causa de la mente; no es espíritu, sino la causa del espíritu; no es la luz, sino la causa de la luz.

La Mónada, siendo el arqué (APXE) es la raíz de todas las cosas; en todas las cosas se halla. Y siendo Ella el principio, contiene lo múltiple. Y siendo todo engendrado, nadie sino Ella puede engendrar. (2)

Por tanto, ruega ante el Señor y Padre, al Solo, al Único, para que te sea propicio; aunque no puedas conocer la grandeza de Dios más que a través de uno de sus rayos, el que ilumina tu comprensión (NOESIS) intuición.

La gloria de todas las cosas es Dios, la Mente Suprema y la Divina Naturaleza. La fuente de todas las cosas se halla en Dios, que abarca mente, naturaleza y materia. La sabiduría es la reveladora de todas las cosas. El origen está en Dios. Aquel que opera, que crea la necesidad, el fin y la renovación. (3)

Dios, siendo esencia, es belleza. La belleza es bondad. Y del mismo modo que no es posible ver a Dios, tampoco se pueden contemplar la belleza y la bondad. (4) Brillando en torno a la totalidad del *nous* se ilumina el alma, reflejándose en el cuerpo y transformándolo totalmente merced a la divina esencia. Ya que por ella puede ser deificada el alma, aun hallándose dentro del cuerpo, si logra objetivizar lo bueno y lo bello. (5)

Todo está en Ti, todo procede de Ti, Tú que lo das todo y nada tomas.

¿Cuándo, Padre, podré invocarte, siendo que para Ti no existe fracción, hora o tiempo?

¿Podré, por tanto, cantarte, cuando no has sido hecho ni manifestado?

Gloria a Dios, Padre de los universos,
Gloria a Dios, por Quien hemos sido formados
y por cuya voluntad poseemos poderes.
Gloria a Dios, que anhela ser conocido
y es por sí mismo conocedor.
¡Bendito seas, Tú, por quien la Naturaleza carece de forma! (6)
¡Bendito Tú, más poderoso que todo poder!
¡Bendito seas Tú, que trasciendes toda preminencia!
¡Bendito Tú, que exceles en toda plegaria!

Este íntegro Cosmos –inmensa imagen del Todopoderoso– unido a Él y conservando el orden y la voluntad del Padre, es plenitud de vida.

La divina actitud o forma operativa, se manifiesta en Providencia. (7) La actividad de lo externo es necesidad. (8) La operación es naturaleza (en su condición renovada, eterna)).

El divino orden se traduce en Providencia. La necesidad es la administración de esa Providencia. La fortuna es todo aquello que se halla desprovisto de orden.

Necesidad, Providencia y Natura son los órganos o instrumentos del Cosmos que ordenan la materia. También las cosas inteligibles, en su esencia. Mas las coporeidades del Cosmos se hallan diferenciadas. Más aún, diversas, conservando dichas coporeidades su identidad en el conjunto.

Las cosas de la Tierra no benefician al Cielo. En cambio, el Cielo beneficia todo cuanto existe en la Tierra. El Cielo es el contenedor de las formas eternas. Mas la Tierra es el receptáculo de lo corruptible.

Comprueba, por tanto, que cada índole de energía o transformación es perpetuo, no importa cual sea y a través de que cuerpo. Pero cada operación es divina.

La materia se transforma mediante los contrarios (9) llamémosla corrupción y generación. Mas la materia eterna es similar a sí misma.

Todo cuanto se halla sujeto a generación, cambia, no es permanente. Mas siendo –esa transformación– a través del Progenitor, la materia que la integra es reflejo de la verdad.

El estado de “no nacido” de la materia, aun la sin forma, es llevada a la actividad.

El hombre es un poderoso maravillado, ya que puede pasar a la Naturaleza de Dios siendo como es divino. ¡Cuán excelente es la ceguera de la humana naturaleza! Unida a Dios por su semejanza con la Divinidad, contempla, abajo, su identificación con la Tierra.

Sin embargo, el hombre tiene su lugar en el espacio intermedio. Por ello, ama lo que está abajo y oportunamente es amado por lo de arriba. (10) Los cielos no le parecen tan altos si mide con la sabiduría de la mente (*nous*) que todo lo aproxima.

Nous es la verdadera esencia de Dios. No se halla separada de la esencialidad divina, sino que se halla unida a Ella como la luz al Sol, y el hombre superior a Dios. Dondequiera, pues que existan hombres, se hallará la Divinidad presente.

El hombre arquetípico es un ser divino. No puede ser medido por entidad alguna de la Tierra, sino por los Dioses del Cielo.

No es el Cielo el que desciende a la Tierra, sino el hombre es el que se remonta al Cielo y lo abarca. Y conoce las causas de arriba y las de abajo, al tiempo que aprende todo lo demás.

Y lo notable es que, sin dejar de vivir en la Tierra, asciende a la altura. Tan vasta es su naturaleza cuando la deidad lo inspira.

Al abarcar el hombre arquetípico, la naturaleza –del todo– deviene una auténtica maravilla, ya que Él, poseyendo Luz y Vida y la armonía de las Siete Esferas, la Naturaleza acelera sin tardanza al individuo septenario, sintonizándolo con la naturaleza de los Siete. (11)

El hombre fue hecho de vida y luz con relación a alma y mente. Ya que la vida se relaciona con el alma y la luz con la mente.

De ese modo, a través de la Naturaleza mediadora, el Eterno Ser Arquetípico que se halla más allá del tiempo y del espacio, queda segregado en diversos tipos de hombres con temporal y espacial existencia, de acuerdo con sus envolturas naturales, pero cuya potencialidad y consciencia dependen de las Siete Esferas o condiciones de existencia, emanadas de *nous* o *logos* (palabra) que es la luz de Dios manifestada en el hombre a través del alma, que es la vida de Dios en el hombre.

De acuerdo con la superior definición de la séptuple humana naturaleza en relación con los Escritos Herméticos, la podemos clasificar así:

1. Esencia arquetípica como universal principio.
2. *Nous* o mente superior.
3. Alma inmortal, autosustentadora, principio automotriz.
4. Parte dianoética o mente inferior, como razón e inteligencia.
5. Epitumia, la naturaleza animal o irracional.
6. Turnos, la naturaleza apetitiva o vegetativa.
7. Cuerpo físico.

Los últimos tres principios constituyen la naturaleza sensible que, en su conjunto y en sus partes, es mortal y finita, en tanto que los tres principios primeros son espirituales e inmortales. La mente inferior puede ser espiritualizada si asciende al *Nous*, y entonces el hombre es iluminado por la Divina Luz.

TRISMEGISTO: ¿Por qué aquel que se conoce a sí mismo alcanza a identificarse con la Divinidad?

PYMANDER (*Nous*): Porque el Padre-Único es Luz y Vida, de las cuales se halla formado el hombre. Y si estudias y te identificas con la Luz y la Vida, te incorporas a la existencia de Dios. Así resplandece el Pastor –o conductor – de hombres.

Dios dota de libertad a aquel que, sobre todas las demás criaturas vivientes, posee estas don cosas: mente y razón, que equivalen a la inmortalidad. Y si las usa en forma debida, no difieren de los inmortales.

El *Logos* es imagen de *Nous*; *Nous* es imagen de Dios.

El cuerpo es imagen de la idea. Y lo podemos considerar como representante del total objetivo de la Naturaleza y de todos los principios que anima el alma.

El hombre, sobre todas las cosas animadas de la Tierra, es doble: mortal en su cuerpo, inmortal por su naturaleza de hombre esencial. Mas, a pesar de su inmortalidad y poseyendo poder sobre lo inferior, se halla sujeto, como mortal, al dolor y al hado.

El individuo esencial es el hombre cósmico universal, quien, a través del *Nous*, se identifica con el Supremo Señor. Y cuando alcanza a superar todo lo inferior, expande sus latentes poderes y entra conscientemente en la vida universal.

El alma es el principio intermedio entre su naturaleza inmortal y la corpórea –o transitoria–, entre lo humano y lo divino. De ese modo posee en sí la potencialidad de penetrar en lo superior como en lo inferior, en lo de dentro como en lo de fuera.

De acuerdo con las enseñanzas del Pymander, el alma es inmortal y la voluntad estable, incorporada a lo perenne por su misma naturaleza, por su misma gravitación, por su inteligente energía operativa.

La esencia del *Nous* es idéntica a la de la Eternidad. Mas la esencia del alma es semejante a la del cosmos, que posee una fortaleza estructural que nada puede, en absoluto, destruir.

La energía o ecuación del *Nous* consiste en permanecer en autoconsciente sentido de inmortalidad, idéntica a la de lo eterno; ya que la energía del alma, igual a la del Cosmos, es perpetua –no eterna– y opera en la integración y reintegración de sus cuerpos, a través de los cuales se expande su consciencia y se desenvuelven sus latentes poderes.

El alma se halla libre de la muerte, y su energía crea su peculiar manifestación. Porque su naturaleza, de acuerdo con su esencia, es siempre transformable; de acuerdo con su inteligencia es automotriz, pero no se mueve dentro de algo, ni hacia algo, ni a causa de algo, sino que su preminencia gravita hacia las cosas movientes, ya que cuando es preminente permanece y no tiene necesidad de consecuencia. (12)

Además, ese “algo” implica espacio, tiempo y naturaleza; “hacia algo” significa armonía, forma e imagen, y “a causa de algo” requiere sustancia, porque a través del cuerpo actúa el tiempo, el espacio y la naturaleza; mas todo ello testimonia la mutua comunión, de acuerdo con una congénita, común interrelación.

Cuando el alma desecha el cuerpo físico, vive en y por sí misma, subsistiendo en el mundo inteligible. Entonces actúa de acuerdo con su propia razón, ya que su inteligencia contiene una energía denominada vida.

Es característico del alma impartir a los demás sus propios logros. (13)

El alma, en su esencia, no puede nunca dejar de ser, a pesar de los posibles fallos de su naturaleza corporal. Y esa esencia es permanentemente pura, aunque sus operaciones y energías pueden ser hylicas. (14) O sea, que pueden gravitar hacia las atracciones de tipo material en vez de dirigirse hacia la belleza del Reino Inteligible. (15)

En el hombre, sentido e inteligencia difieren, ya que el primero es hyleico (material), en tanto que ésta es esencial (espiritual).

Cuando las dos naturalezas –la del alma y la del cuerpo– se armonizan, hallándose subordinadas a la discriminación del alma, entonces nace la justicia. Y en ese estado de equilibrio –o armonía– se elimina todo exceso de naturaleza animal y se halla el contrapeso a los apetitos de índole vegetativa.

La fuente de tales virtudes, por tanto, es la dianoética, porción del alma que comprende y dirige la propia razón. Tal esencia guía a manera de auténtico conductor, y el discernimiento derivado deviene el consejero que hace comprensibles todas las cosas. Por ello podemos definir así los tres aspectos del alma: divino, humano e irracional.

El aspecto divino sustenta la contraparte superior cuya actividad le es propia, porque actúa en sí y por sí, al hallarse liberada el alma de su otra vida animal, mortal. Por ello, al separarse del ser la contraparte irracional, actúa a través de su divina envoltura. Entonces su actividad es perenne y sigue los mismos movimientos del Cosmos.

El aspecto humano es en parte similar al divino, aunque se halle apegado a su naturaleza irracional, la *epithumia*. Esta última refleja en verdad manifestaciones e inmortales energías, mas al actuar a través de cuerpos mortales, se alteran los divinos aspectos del

alma. Pero en ésta, el cuerpo mortal, su contraparte irracional, queda eliminada y el ser humano se regenera.

Cuando el aspecto irracional del alma se centra en la *epithumia* y el propio *thumos* a través del que actúa la inferior naturaleza, lo inferior, los irracionales pensamientos representan una ofuscación de la razón o discernimiento.

Con el auxilio de los Superiores Poderes, asciende el ser, y al volver de las siete zonas, introduce sus altos poderes y energías en la Naturaleza –de la Tierra– y logra la unión y el conocimiento de Dios.

Hazte la cuenta, pues, de que nada te es imposible. Piensa en tu propia inmortalidad y dispone a conocerlo todo: ciencias, arte y el sendero de la vida de toda criatura.

Dondequiera que se hallen las huellas del Maestro, aparecen los atentos oídos de aquellos dispuestos a oír sus enseñanzas. Porque cuando el oído es capaz de oír, rózanle los labios capaces de llenarlos de sabiduría. (16)

Siete son los principios en que se fundamenta la verdad. Aquel que lo comprende, posee la clave mágica que abre de par en par todas las puertas del Santuario.

Todo es Mente. El Universo es mental.

Nada está inmóvil. –En el Universo– todo se mueve, todo vibra. (17)

Todo posee dualidad. Todo tiene dos polos o dos pares de opuestos (18) idénticos en naturaleza, aunque de grado distinto.

Flujo y reflujo, avance y retroceso, ascenso y descenso. Todo obedece a la Ley del Péndulo. La misma fuerza impulsa hacia una dirección y hacia otra. El ritmo es la compensación.

Toda causa crea su efecto. Todo efecto tiene una causa. Todo obedece a la Ley. (19)

La mente, a manera de los metales y demás elementos, puede transmutarse de un estado a otro, de un grado a otro, de un polo a otro polo, de una vibración a otra vibración. La verdadera transmutación hermética se efectúa mediante una disciplina, un método, un arte –de entrenamiento– mental.

Más allá de todo: tiempo, espacio, cosmos, de todo cuanto vive y se transforma, se halla la Realidad esencial, la fundamental Verdad. Mas el Todo es incognoscible.

El Todo crea, en su Mente infinita, innumerables universos que viven eones (20) de tiempo. Sin embargo, para Él, esa creación, desarrollo, decadencia y muerte de un millón de universos, nada significa.

La infinita Mente es la matriz del Cosmos.

No hay nadie que no tenga Padre y Madre en el Universo.

El sabio a medias, al reconocer la relativa irrealidad del Universo, puede desafiar sus leyes, pero en su presunción será aplastado por los elementos. Mas el verdadero sabio, al reconocer la naturaleza del Universo, emplea la ley en contraposición a las leyes. Ejerce lo superior contra lo inferior y mediante la alquimia (21) transmuta lo indeseable en digno de ser anhelado. Y de ese modo triunfa. Ya que el adepto consiste no en

sueños, imágenes o visiones fantasmagóricas, sino en el debido empleo de las fuerzas superiores contra las inferiores, escapando así de las penas que atañen a los mundos ínfimos y vibrando de acuerdo con los más elevados. La transmutación es el medio de que se vale el Maestro.

Conoce a Dios y no hagas daño a nadie. Tal es la Ley.

Para cambiar nuestra característica o estado mental, cambiad vuestra vibración. Y para transmutar un grado de vibración no deseable, aplíquese el principio de polaridad y concéntrese la atención en el polo opuesto de aquello que se desee suprimir. Entonces lo no deseable desaparece en esa operación de transmutación o polaridad.

El conocimiento, lo mismo que la fortuna, deben emplearse. La ley del uso es universal. El que la viola, sufre las consecuencias de su incumplimiento, transgrediendo los principios naturales.

Nada escapa a la ley de causa y efecto. Mas existen muchos planos de causación. Por tanto, hay que emplear las leyes del plano superior para dominar las del inferior.

El sabio vive en lo superior, pero gobierna lo inferior. (22) Obedece las leyes más altas, pero en su propio plano de manifestación, y las de más abajo las rige y ordena. Sin embargo, al hacerlo, se ajusta a los mismos principios, en vez de oponerse a ellos. Vive en la ley y comprendiendo su naturaleza, la obedece –conscientemente– en vez de ser su esclavo. Como el buen nadador, flota en la corriente sin dejarse arrastrar como el madero flotante. El que esto comprende, se halla en la buena senda del Adepto.

-
- (1) Se refiere a aquella bondad que, juntamente con la verdad y la belleza, constituyen las tres cualidades básicas simbolizadas por el Triángulo Pitagórico-Platónico.
 - (2) La Mónada, según ese tratado sublime y sin palabras del Triángulo Pitagórico con los diez puntos inscritos, está representada por el primer punto del vértice superior. Equivale al germen del Absoluto y de ella se deriva la Dúada, o primeros “pares de opuestos” (padre y madre, luz y sombra, bien y mal, etcétera).
 - (3) Hace alusión a la Ley de Necesidad, como tan acertadamente denominaban al *Karma* los griegos.
 - (4) Belleza y bondad que, como hemos citado antes, constituyen, con la verdad, el Triángulo Cualitativo Pitagórico-Platónico.
 - (5) En su modalidad esencial superhumana.
 - (6) O sea, que su aspecto absoluto, inmanifestado, es potencialidad, causa de ser.
 - (7) Aquí tenemos el Triángulo Cualitativo Pitagórico-Platónico transferido a lo universal, en el que la *verdad es ley*, la *belleza armonía* y la *bondad providencia*. O sea, que la bondad en su dimensión absoluta, divina, se manifiesta en forma de providencia. Imagen de ella, entre los egipcios, era el “Ojo de Ra”, “el que velaba”.
 - (8) Refiriéndose, como hemos dicho antes, a la ley, causa y efecto, o *Karma*.
 - (9) Cita aquí la dualidad como ley de compensación o de choque, acicate de la evolución.
 - (10) Menciona la gloria de la dualidad humana (espíritu-materia). Por nuestra naturaleza celeste, somos acreedores a la protección de los altos Seres (Entidades celestes). Pero por la mente mediadora (la que establece el vínculo) nos podemos aproximar al Cielo, o sea, a los mundos supraterrrestres.
 - (11) El septenario preside, con su línea ascensional, al hombre y sus siete envolturas, a semejanza del planeta Tierra. El individuo es séptuple por su constitución planetaria representada por el espectro solar con sus siete colores, lo mismo que el éter universal –Akasha– se descompone en siete sonidos o notas musicales, además de las siete piedras preciosas, los siete metales, los siete días de la semana, las siete virtudes, sus protecciones, etcétera.
 - (12) Se halla libre del *Karma* (Ley de Necesidad) por su condición superadora.
 - (13) Hermosa alusión al principio de bondad y comunión, inherente al hombre.
 - (14) De *Hylé*, la mencionada sustancia del infinito Universo de la que se derivan todas las formas de manifestación en los mundos concretos.
-

- (15) Aquí, llamaremos la atención del lector, como aclaración, hacia un concepto básico del neoplatonismo ecléctico de los alejandrinos cultos, cuya más alta nota la dio el filósofo Plotino, el más señero y completo representante de dicha escuela. Cuando ese filósofo se refería al concepto abstracto, divino de la inteligencia, nunca la denominaba de ese modo, ya que lo conceptuaba propio del don humano, aun en sus más elevadas formas. Al definir, pues, su modalidad supercósmica o divina, lo hacía mediante el artículo neutro: Lo Inteligible. O sea, que al hablar de la inteligencia se refería a su modalidad humana, y cuando lo hacía aludiendo a su concepto absoluto, abstracto e impersonal, la denominaba Lo Inteligible. Se trata, pues, de una básica razón definitoria que enriquece enormemente el ideario neoplatónico alejandrino.
- (16) Este sublime concepto, extraído de los Santuarios de Iniciación del antiguo Egipto, se expresa en el libro LUZ EN EL SENDERO en la forma siguiente: “La voz de los Maestros recorre siempre el mundo, pero sólo la oyen aquellos cuyos oídos ya no perciben los sonidos que afectan la vida personal... Los Grandes Seres que han conquistado la vida, que han llegado a ser más que discípulos, permanecen en paz, imperturbables en medio de la vibración y movimiento caleidoscópico de la humanidad. Poseen dentro de sí conocimientos ciertos, así como una paz perfecta.”
- (17) Aconsejamos el estudio de los *tattvas* o estados de vibración de la Naturaleza, tan conocida en oriente, en “Las Fuerzas sutiles de la Naturaleza”, de Rama Prasac.
- (18) Alusión clara al aspecto esencial de la Astrología Esotérica, que se refiere a la alquimia de las cualidades o posibilidad de transmutación del carácter de cada nativo, merced a la Ley de Polaridad de los astros y de los signos zodiacales.
- (19) Ley de Necesidad o Karma.
- (20) La palabra *eon* deriva de *aion* griego, equivalente a eternidad. Sin embargo, su plural alude a periodos enormes de tiempo que se atribuyen a las edades planetarias y aun solares. Es, en suma, la primera medida creacional del tiempo, o de los tiempos, reflejo de la eternidad o sin tiempo, en el que actúa el Absoluto Dios sin forma y sin nombre.
- (21) Esa alquimia transmutadora del carácter se basa en un altísimo concepto de ética iniciática. Según la Astronomía Esotérica, cada individuo o cada nativo posee su propia fórmula de transmutación. Y ello es una verdad que todo idealista ferviente debiera conocer, ya que permite acercarse al arquetipo o individuo integral, por la senda de las íntimas transmutaciones. Representa un método asequible y sin peligro, de inmensos resultados y que sirve como ninguno a la evolución del carácter.
- (22) “El sabio rige su estrella”, es el lema del ser integralmente desarrollado, que tiene poder sobre sí mismo y, por ley natural, sobre los elementos que le sirven. El método racional de regir la propia estrella, lo ofrece esa alquimia de las transmutaciones mencionadas.
-